

BOGOTÁ

20 años • libro al viento

Lina Alonso Castillo
Juan Fernando Hincapié

CONTADA

Lizeth León Borja
Juan Nicolás Donoso
Laura Acero

11





Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permite que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Alba Yaneth Reyes Suárez

Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, noviembre de 2024

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Laura Acero, Lina Alonso Castillo, Juan Nicolás Donoso, Juan Fernando Hincapié, Lizeth León Borja, autoría

Javier Beltrán, dirección editorial

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Jesús Goyeneche Wilches, corrección de estilo

© Carlos Andrés Martínez Santos, por la foto de la página 4.

Fotografías de los autores:

Lina Alonso Castillo (archivo personal), Juan Fernando Hincapié (Alicia Garavito), Lizeth León Borja (archivo personal), Juan Nicolás Donoso (Margarita Sierra), Laura Acero (Alejandro Lozano)

ISBN impreso: 978-628-7686-45-8

Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Diciembre de 2024



GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos @idartes.gov.co

 @LibroAIViento  @LibroAIViento

BOGOTÁ

CONTADA

11

Barrio Gilmar, Suba, Bogotá.



7
LEER Y ESCRIBIR
PARA QUE NO NOS MONTEN LA ESPANTOSA
Presentación

15
SEÑALES PARA UNA DEMOLICIÓN
Lina Alonso Castillo

43
CRÓNICA SOLIPSISTA Y MÁS BIEN TRISTE
DE UNA PEQUEÑA PARTE DE SUBA
Juan Fernando Hincapié

79
OTRO TIPO DE HUESO
Lizeth León Borja

111

CRÓNICA ROJA DE USAQUÉN

Juan Nicolás Donoso

137

LA NUBE QUE BAJA A SALUDAR

Laura Acero

167

LOS AUTORES

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

LEER Y ESCRIBIR PARA QUE NO NOS MONTEN LA ESPANTOSA

*Haz tu vida de la nada
con palabras
solo palabras
haz tu vida de la nada*

Bajo Tierra, “Haz tu vida”

|

HACE UNOS DÍAS ESTABA ACHANTADO, ACURRUcado dentro de mí mismo, porque se metieron a robar a la casa en la que vivo. En medio del embale, en una mañana en la que casi no había dormido, me llamó Javier Beltrán, el editor de Libro al Viento, a ofrecerme camello. Yo —obvio— le dije que sí a todo sin saber muy bien en lo que me estaba metiendo. Como a los dos días me llegó un correo con los textos que componen este libro. Y yo de una me fui de cabeza en ellos.

Tienen en común estas crónicas desbordadas —porque son más que eso—, que fueron hechas por personas que en algún momento vivieron en las localidades sobre las que escriben y que la vida se las llevó para otro lado. Entonces son,

también, crónicas del retorno, de quien vuelve a su casita. Por eso —para seguir el espíritu de esta *Bogotá contada*— me fui a Usme, lugar donde viví casi toda mi vida, a escribir esto.

Yo crecí en varias casas de los barrios Antonio José de Sucre (alias el Sucre), Lorenzo Alcantuz y Usminia. Y no es que me haya criado en un ambiente muy literario que digamos: en mi casa nadie leía, no había biblioteca, y en el colegio (los ocho colegios distritales por los que pasé) solo me hicieron cogerle fastidio a la literatura.

Recuerdo que el primer libro que comencé a leer por cuenta propia —como a los trece años, en Noveno— fue *El hombre que calculaba*. No me acuerdo mucho del contenido del libro, solo que era de matemáticas y había un muchacho que buscaba la mejor forma de contar las hojas de los árboles. En esa época me iba muy bien con los números, quién sabe por qué. Un día llegué con mi libro al colegio IED Brazuelos, que queda al lado del río, y se lo mostré a mi profesor de Matemáticas, Ómar... no recuerdo su apellido. El profesor me miró conmovido, con los ojos brillantes. En la siguiente clase, Ómar me llevó —yo creo que entusiasmado porque un niño como yo estuviera leyendo *El hombre que calculaba* de manera autónoma— un libro de Borges. No recuerdo bien cuál era. Creo que fue *Ficciones* o *El Aleph*. Yo la verdad estaba más interesado

por escuchar Vico C que por la lectura, y por eso me fui a las tiendas de libros de segunda de Santa Librada, vendí el dichoso libro de Borges como en \$ 3.000 y me gasté esa plata en cigarrillos Extra, unos que estaban de moda en ese momento porque eran los que fumaban los personajes de la telenovela *La saga, negocio de familia*.

||

Si uno a veces cree que está lejos de la literatura, de la posibilidad de leer y escribir, es porque siempre nos presentaron a los escritores, incluso a los lectores, como una gente medio rarita, abstraída del mundo y con una inteligencia excepcional. Y nos dijeron —implícita y explícitamente— que la literatura, la poesía, no tenía mucho que ver con lo que nos rodeaba: nuestras casas, las tiendas de las esquinas, los parques, nuestra familia, nuestra comida, ¡nada! Entonces, prácticamente leer era renegar de nosotros, de nuestra historia. Y este libro es precisamente lo contrario: en él se hace memoria de lo que somos.

Estos textos cuentan las memorias de algunas de las localidades de Bogotá. Lina Alonso, en “Señales para una demolición”, nos muestra y nos enfrenta, en medio de una explosión, con los amores y los odios de lo que significa

crecer en un barrio popular de Tunjuelito. Juan Fernando Hincapié, en “Crónica solipsista y más bien triste de una pequeña parte de Suba”, narra con humor los malabares que tuvo que hacer para volver a la casa en la que se crio y cómo finalmente pudo infiltrarse en ella. Lizeth León, en “Otro tipo de hueso”, nos cuenta cómo los ladrillos de San Cristóbal —evocando *Chircales*— han levantado casas por toda la ciudad (desde mucho antes de su gentrificación). Juan Nicolás Donoso, en “Crónica roja de Usaquén”, nos recuerda cómo la violencia, las drogas y el control ilegal del territorio son motores de la construcción histórica de Bogotá. Y Laura Acero, en “La nube que baja a saludar”, nos revela la brujería poderosa del páramo de Sumapaz y la íntima relación con la tierra que tienen los campesinos de esta localidad.

Escarbamos en nosotros mismos porque es ahí donde está la posibilidad de construir un arte real, que nos hable de la *vida* sin complejos. Gran parte de la producción literaria y artística en Colombia está hecha por unas pocas manos, por una élite cerrada y endogámica, que se publica, se premia y se legitima a sí misma. Pensar —imaginar— la literatura desde los barrios, las veredas, los buses, las cantinas, las canchas de microfútbol, las calles, es habitar la poderosa posibilidad de relacionarse poéticamente con el

mundo. El complejo colonial que tienen algunos “centros” de la ciudad no les permite sino exotizar lo que viene de afuera de su burbuja. Lo paradójico es que, muchas veces, lo que empieza siendo exotizado luego se apropia, se vuelve *cool* y se le pone precio. Esa apropiación cultural —yo le digo *expropiación*, jodiendo— solo cosifica la vida y limita las posibilidades de que se lea y se escriba amorosamente desde cualquier lugar y para cualquier persona.

Hay que bajar a los escritores de estos pedestales de mentira y solemnidad, sentir que la literatura también nos habla de lo cotidiano en nuestras localidades, lo que se vive en el día a día; que si las palabras construyen el mundo, todos, todas, tenemos nuestra lengua para gritar. De ahí la importancia de aprendernos, rotarnos, escribirnos. Y estos experimentos —que van precisamente por una vía distinta de esa literatura de laboratorio— como los de *Bogotá contada* están hechos para seguir metiéndole la chancleta —como me dijo Javier que tenía que hacer con esta presentación— a las literaturas locales. O sea, a unas literaturas que sean potencialmente más amorosas, más horizontales y, por eso, más críticas con el poder.

Michael Benítez Ortiz

BOGOTÁ

Lina Alonso Castillo
Juan Fernando Hincapié

CONTADA

Lizeth León Borja
Juan Nicolás Donoso
Laura Acero

77



SEÑALES PARA UNA DEMOLICIÓN

Lina Alonso Castillo

*... pero Bogotá es una ciudad de tierra
y esta consideración no debe limitar nuestro
entusiasmo cuando iniciemos su arrasamiento
y demolición definitivos.*

Carlos Martínez, *PROA* (1947)

1.

CUANDO MI PAPÁ DINAMITÓ EL CAI DE TUN-
juelito, la palabra CAI no existía: se llamaba estación de
Policía. A mí se me quedaron las siglas por su austeridad y
por pura terquedad, por vicio de acomodarme la historia
donde mejor me calzara. El bombazo fue en abril de 1987
y el asunto completo con sus detalles lo sabe únicamente
mi mamá; mis hermanos estaban chicos y para ese año
yo ni había nacido. Cada tanto le insisto a ella para que me
cuente de nuevo el asunto al que siempre le aparecen más
pliegues que lo tuercen y lo mutan. La intermediación de
su nostalgia y mi capricho le sacan chispas, le liman algunas

esquinas o le omiten otras en su integridad de otro mundo, de ese mundo análogo de pólvora y ladrillo del que quedan algunas fotos y nosotros, que sobrevivimos para sacudirnos las cenizas de ese azogue. Sin embargo, es esa misma historia la que me hace volver una y otra vez al barrio.

—No salga, ni asome, ni prenda luces, ni despierte a nadie. Yo tengo llave, así que si alguien pasa en un rato por la puerta, soy yo y nadie más.

Esa fue la única instrucción que recibió mi mamá esa madrugada del 87, antes de que el cucho le metiera los tacos de dinamita a la estación y, de paso, otro a la entrada de la casa de un vecino lambón, el que lo delató. Nadie salió herido, nadie murió, las cosas estuvieron nítidas en la ejecución, en esa violación del orden. Mi mamá no tuvo tiempo de chistar nada, tampoco es que tuviera mucho margen de maniobra con alguien que llevaba tres tacos de dinamita, mechas, tarros y unos trapos bajo el brazo que olían a gasolina. Sin más, mi papá se dio vuelta con la ruana cuatro puntas que se trajo de su natal Turmequé y se adentró en la noche. Para ese entonces, mis papás ya llevaban siete años de vivir en Tunjuelito. Los dos campesinos llegaron del mismo lugar donde se conocieron: Ubaté. En 1976, templaron amarras después de que un compañero de Pastas Doria, donde estaban de obreros —ella de empacadora y

él recién iniciado en su puesto de maquinista—, les contó que podrían conseguir lote. Ya habían probado unos meses por Suba, pero nadie quiere vivir en Suba; después por Meissen y luego por San Francisco, donde el frío de las latas les estaba entiesando las coyunturas, así que la decisión fue breve: Tunjuelito. El costo fue de 35.000 pesos para la primera cuota. Pisaron el terreno, lo acordonaron cerca del basurero que tenían enfrente, chantaron los maderos que fungían de paredes y los recubrieron con tela asfaltada. Hicieron el tetris de la pobreza: dos camas, una para ellos y otra para mis hermanos, el baño afuera y una cocina improvisada. Mejor dicho, lo que llegaron a hacer fue una casa de invasión que con los años adquirió la dignidad del ladrillo, que compraron ahí mismito por la Caracas, ni que difícil fuera: habían llegado al barrio de las ladrilleras, el barrio de los chircaleros. Pero ahora vamos para allá.

El lote, como en la mayoría de los barrios periféricos en una Bogotá que se desparramaba cada vez más, era ilegal, o pasado por legal en los torcidos de la gente que aprovechaba para mandar cualquier papel diciendo que sí, que eso estaba registrado y que tal. Las historias de varios viejos zorros que le dieron zurdazos burocráticos a un montón de familias recién migradas eran bien comunes por esa época, y la receta era más o menos la misma: a la preocupación de

gente sin tierra se le agregaba una capa de papeleo chimbo que daba un falso poderío sobre lugares sin agua y sin electricidad. Al lote le agregaron un elemento más, una estufa de cocinol o, como lo llamaban en la prensa, el combustible de la tragedia: gasolina barata que mi mamá conseguía en las filas interminables que se hacían en la estación del 20 de Julio. La gente como ella dormía toda la noche sentada sobre las pimpinas para tener los primeros turnos en la mañana.

Volviendo a la noche de ese abril, mi mamá recuerda que unos meses atrás lo había visto trasnochar en lo que mi papá improvisó como su propio taller de mecánica, un taller que no solo le servía para arreglar cuanto cosa pudiera armarse o desbaratarse, sino también donde ponía los cuadernos con las planas que le ordenaba mi mamá para que aprendiera a leer y a escribir. Ahí mismo armó las bombas. Por el teléfono porrón verde oliva de disco lo escuchó hablar con el tío José, qué digo: lo escuchó mentirle al tío José. El pariente era un tipo resabiado amante de los gallos y maestro dinamitero que había llegado a Bogotá a trabajar en las canteras de Soacha. Su oficio lo obligó a confesarse a menudo entre los intestinos de las montañas a punta de explosiones. Tengo recuerdo de ver sus manos macizas, callosas y llenas de cicatrices. Era charrito, aduendado, de piel tiznada, con un par de pepas de

obsidiana en la mirada que educó ventrales en las minas de carbón en Cucunubá, de donde venía.

—Es que hay una piedra que no se deja romper en el piso. Por ahí mismo va el tubo que da para la alberca y que va a sacar las aguas negras por otro boquete.

Y no sé qué más cosas, y yo solo miraba y pensaba: ¿este qué es lo que inventa? La alberca ya está puesta, mírela ahí no más, decía mi mamá estirando la boca para dibujar en el vacío ese altar de piedra montada en el planchón del primer piso en el que todos nos bañamos a totumadas. Así atestiguó el embuste con el que mi papá logró que el tío le dejara los tacos de dinamita en poco tiempo. Del embrollo con la policía a la llamada con el tío polvorero solo pasaron dos meses, y de la dinamita en la casa a la explosión pasaron unos tres. Todo fue a contrarreloj pero con minucia, incluso los turnos de vigilancia que montaba de noche, enchuspado el bigote en una bufanda vieja para que no lo reconocieran. Necesitaba saber cómo estaban haciendo las rondas los chúcaros: llegaba de la fábrica de pastas a pistear a los recién inaugurados tombos en su puesto, siguió con paciencia sus pasos en las calles por las que se iban de inspección, memorizó las rutas de los buses de los que se bajaban y las calles por las que se devolvían. Funcionó. Esa noche puso los tacos, prendió la

mecha y pique que pique por las calles que había previsto, y nadie salió afectado. Llegó embalado a la casa, se aguantó las ganas de mirar por la ventana, durmió poco, se levantó fresco y reconciliado con su propia lógica. No hubo mucha bulla al día siguiente: menos razón dio la policía, ocupada ahora en rehacer lo que se dañó de la estación, ni mucho menos iban a explicar los motivos que hubieran podido llevar a alguien a hacerlo.

No encontré registro de la noticia en prensa; los pocos vecinos con los que hablaba mi familia se han muerto o se han ido, como para ir a preguntarles. De ese mierdero y de otros que tuvo mi papá con la policía sobran testigos. En todo caso, la tomba no volvió a asomar por la casa y esta historia la volví a escuchar hace muy poco cuando fui a ver a mi mamá y, como si fuera la anticipada ceremonia funeraria de las relaciones familiares, me descubrí abriendo los álbumes fotográficos: encontré la imagen de mis papás en el piso de tierra, otra de mi mamá con su bata de ocho meses de embarazo cargando dos baldes de cemento, uno en cada mano, cada balde por cada hijo muerto. Había otra de mi papá con el bigote espeso que siempre llevó y su sonrisa a medio camino, otra de la Ford 54 o la Guanábana, como le decíamos, otras más de la casa de los vecinos Dioselina y Milcíades, otras de la cara de susto de

mis hermanos mayores que con el tiempo se transformó en gesto de ñangas, de ñero con vasca, chaqueta bombacha de cuero y bigotito de niños rata. Incluso había una donde yo salía con mi único juguete, el paletero: un muñeco de cuerda que cargaba un carrito de helados y una canción. Adoré ese tiesto hasta que ya no le cupieron más remiendos. Con las fotos en las manos, recibí la noticia de que la casa de nuestra infancia se iba a vender y entre ese espasmo de verdades volvió la anécdota.

Razones no faltaron para hacer estallar el CAI: Tunjuelito ya tenía historias de huelgas, contrabando de luz, juntanzas comunitarias que terminaron en desvíos de agua. La sexta localidad de Bogotá fue fundada en la cuenca del valle del río Tunjuelo, la quebrada Chiguaza y los cultivos de trigo y cebada. Sus alrededores fueron cambiando paulatinamente hasta volverse un asentamiento, y sobre sus aguas se erigieron casas que se amasaron en una serie de precariedades. En 1948 se parceló la tierra, y lo que antes era la hacienda de un tal Jorge Zamora Pulido se trasformó en un barrio de trabajadores que recibió a la gente que venía de otras ciudades y del mismo centro de Bogotá, despedazado por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Para ese año, la migración interna a la periferia de la ciudad aumentó considerablemente: el sur se llenó de los

desclasados que salieron volando del centro y recibió a los que llegaron de otros lugares del país, sobre todo de Boyacá, con el recrudecimiento de la violencia bipartidista. Sí, la fundación de Tunjuelito data de esa otra totazera que fue el Bogotazo, pero se tardaron décadas enteras en dar condiciones de vida medianamente buenas, y solo a mediados de los años cincuenta fue reconocido como parte de la ciudad. Se tardaron otros decenios más en formalizar el acueducto del sector. Un sitio conocido como El Hoyo —mera olla—, o barrio 14 de Mayo, recibió ese mote después de que los vecinos se juntaran en 1957 para exigirle a la alcaldía agua potable: estaban bebiendo todo tipo de bichos malucos en el agua, se estaban enfermando a la brava. Entonces salieron con picos y palas a conectarse a la tubería que bajaba de la represa de la Regadera. El levantamiento fue tal que les mandaron al ejército ese 14 de mayo. La lograron, les dejaron la conexión a la tubería. Al día de hoy, la deuda del Gobierno local con el cuidado del río Tunjuelo y su óptima distribución en la zona sigue en rojo; la contradicción de que un barrio cuyo río abastece a la ciudad tenga problemas de alcantarillados y contaminación de sus aguas se mantiene.

2.

Nací en Tunjuelito y el cordón que me une a ese pedacito de ciudad se amaña en los recuerdos de los primeros raspones y correteadas por la calle 50, que me vio guardar el luto por los perros que nunca se quedaron en casa, y la carrera 24 de ese otro barrio que me acogió: El Tunal. Crecer en el sur es crecer en una manigua de concreto, crecer más de cara a la calle que de cara a la casa, y la mía era una de dos pisos, ladrillo filudo, teja gris y unos ventanales bruscos y cejones que diseñó mi papá en sus arranques arquitectónicos. Los marcos de cada vidrio parecían un par de pupilas robóticas que siempre miraron el cielo con sospecha desde el sur de Bogotá; más de veinte años de nube acumularon en sus superficies. Por varias cuadras bajé como pepa'eguama en los carritos de balineras con los otros panas que andaban por ahí tanteando peligro; descolgábamos la furia y el poco miedo desde El Consuelo hasta la avenida Caracas, *ahorcamos desde pelados a la emoción con un alambre de acero*, cuando el vértigo nos poseía los sábados para volcarnos cuesta abajo desde la zona de El Playón hasta atizar el jadeo final en el edificio semicircular del Seguro, una construcción ovalada y elevada por cilindros futuristas que daba la sensación de nave espacial. Crecimos entre los ladrillos que nuestros padres iban poniendo para sus casas,

entre el cemento seco y los adobes vivos de las planchas que echaron entre todos, mientras nos aventábamos fuera de ellas estropeando fuerzas, extenuando calles. De las balineras no hay registro pero de las fachadas sí, y todas las fotos tienen el mismo gesto terroso, ocre y árido, como un velo pálido en el grano fotográfico que se instala hasta el suelo de mi cerebro y se niega a salir. En la sensación de las pocas imágenes que tengo en mi cabeza sobrevive el polvo, el constante rastrilleo de los zapatos que esquivaban piedritas al costado de las aceras. Crecimos ahí en un tiempo seco, de arenal, de volquetas humeantes, de camioneros; mi mamá lavando interminables bayetillas entiesadas por el barro. Crecer en ese sur era nunca tener los zapatos limpios.

Entre la llegada de mis papás, la inscripción de mis hermanos al colegio distrital Rufino José Cuervo —del que los expulsaron cuando uno de ellos le sacó el juguete a un profesor—, mis primeras sanciones en el jardín Manitas Alegres, el atentado y la paulatina domesticación de la vida se fueron cuajando más diciembres de voladores, totes en las manos, volcanes y marranitos, la sala fuera de la casa, las piñatas de mi hermana, los vecinos bailando en la cuadra, niños que amarraban a otros niños a los postes para cubrirlos de harina con huevos. La otra pelamenta estábamos jugando a las escondidas, ayudando a las mujeres en la cocina, trepándonos

en alguna reja o tal vez berreando por las razones que uno berrea de sute. En esta parte de la ciudad, de noche invertida donde había más casas titilando que estrellas en el cielo, crecimos de espaldas a una Bogotá que poco o nada nos decía, una Bogotá que tampoco nos miraba y a la que llegamos tarde. Si éramos también ciudadanos, no nos habían dicho aún. El campo visual era angosto y los rumores de la otra mitad de la bestia que yo desconocía me llegaban por la radio negra de pilas que teníamos en la casa. Tuve que esperar casi quince años para entrar al centro de Bogotá, y entré con hambre y confusión: ¿por qué del lado de allá la ciudad era tan distinta, tan otra cosa, tan ajena? A los que nacimos en ese barrio nos bautizaron en la parroquia del Divino Rostro, nos llevaron a comer helado en la plazoleta de los bancos después de que las vecinas nos tomaran las medidas para el uniforme, y lentamente se fue derritiendo la infancia en los últimos destellos de sorpresa que fue la pavimentación de varias calles; el pueblo se agrandó: más carros, más comercios, más pasadas por el almacén Mariela (contaban que el dueño gurrupeto les echaba mano a las niñas que entraban a comprar algo), más ciudad, menos provincia. Mis papás seguían de obreros hasta que un día, a inicios del 2000, nos fuimos más por El Tunal, otro barrio de la misma localidad, el único con un parque de pasto y

una biblioteca. Del último día en esa primera casa guardé la imagen de mi mamá en la terraza recogiendo trapos de la cuerda, la ropa colgada produce aplausos secos para nadie. Esa casa quedó en arriendo, el adobe se secó en una edificación de tres pisos: tres planchas que mis papás y mis hermanos mayores superpusieron con sus propias manos.

Del agua también tengo recuerdo: la tortura de bañarse a determinadas horas de la mañana con el agua que bajaba directamente del páramo de Sumapaz. El agua aguja era otra cosa. Tunjuelito es agua. El sur de Bogotá es agua. El cauce del río Tunjuelo cobró más importancia con la construcción de la represa Chisacá, complementaria al sistema de acueducto. Incluso así, los pésimos manejos por parte de la alcaldía, su mal encarrilamiento y la decidida y sistemática forma con la que nunca han tratado las temporadas invernales han afamado la zona por las constantes inundaciones. No en vano el barrio Venecia se llama así, por una mala broma de los urbanistas del siglo xx que, a falta de una mejor comparación, decidieron tomar el nombre de la ciudad italiana. A los pocos meses de irnos sucedió la tragedia que popularizó la localidad: la inundación del 2002 dejó el barrio bajo el agua después de que una temporada de aguaceros desbordara el río, las represas y los alcantarillados. Bogotá miró de nuevo al sur. La clase obrera

que le trabaja al norte estaba bajo el agua. Fue mi primera catástrofe televisada a pocas cuadras. La gente abrazaba a sus perros en los techos, intentaba salvar sus sillas y demás bártulos por los pisos superiores, todo olía a mierda, a sífón, por la calle que daba a la tienda de doña Alba ya no pasaban zorreros fustigando a sus bestias sino socorristas en barcas inflables amarillas. Cristian, el pirobo que me robaba los tazos, perdió todo en el primer piso donde vivía con el papá. Media localidad estaba enferma por las infecciones, el lapo no paraba y, en esos días, el mismo Cristian llegó chiflando a mi casa, se fue con uno de mis hermanos a nadar por la calle donde naufragó todo lo de su familia, bracearon sobre el lomo de esas aguas marrones hasta llegar a una casa alta, se sentaron engarrotados a ver el desastre desde un piso sin terminar. “¡Qué visaje, perrito!”, le atinó a decir el vecino a mi hermano.

Muchísimo antes de que los dos batracios vieran la inundación a principios de siglo, otra pareja había visto otra tragedia: la del latifundismo y el barro. El barro residual por el secamiento de los ríos y humedales comenzó en los años treinta. Descubrieron que esta zona tenía un suelo particular. De los cultivos de cebada y trigo que circundaron en otros tiempos también afloraron, por los remanentes abiertos que quedaron en las orillas, sedimentos de gravilla y arena:

abrieron las primeras fábricas de ladrillo. Así se signó el destino de la zona, se fundaron las fábricas de ladrillos, o chircaleras, y se inscribió un nuevo orden fatal en todo el sector. Solamente en el año 1956 Tunjuelito pasó a ser considerada como localidad y para ese año seguían quemando millones de bloques con los que se reconstruyó la ciudad después del Bogotazo. En las capillas crematorias de tierra, donde familias enteras quedaron sepultadas bajo la esclavitud de patronos que les subarrendaban el pedazo de casa donde vivían a cambio de una mano de obra no paga, terminaron también inflando sus pulmones con el humo residual, y nocivo, de la quema de los bloques. Con los ladrillos que se fabricaron en Tunjuelito está construida esta ciudad de tierra. En la memoria de la gente del barrio siguen intactos los nombres de los patronos: Salustiano, Carlos Pardo, Tiberio, Alejandro Ortiz o los chulos. Muchos vecinos fueron chircaleros, muchos llegaron a moldear la greda en los cajones de madera que luego retiraban para dejar secando al sol antes de meterlos a los hornos. Ahí mismo, por la zona de esas capillas, fue donde aterrizaron, en 1962, Jorge Silva y Marta Rodríguez; allí grabaron el primer documental de la historia de Colombia: *Chircales*.

3.

En una noche de insomnio, y después de sentir que el borde de las cosas comenzaba a desaparecer, me fui al computador a buscar algo y, en el repositorio de la biblioteca de la Universidad del Valle, me topé con el documento que me daría lidia y noches tabacosas de conversación: el proyecto piloto de intervención social en Tunjuelito que el cura Camilo Torres había escrito en 1960, unas siete páginas mecanografiadas por él mismo para Muniproc (Movimiento Universitario de Promoción Comunal), fundado y dirigido por el entonces párroco para que sus estudiantes de Sociología salieran de las aulas a ver la realidad del sur obrero de la ciudad, la realidad de ese barrio subproletario, como calificaba a Tunjuelito en varios renglones del documento. Encontrar que el cura insurgente estuvo ahí en los años más desguarabilados del barrio cayó como un fogonazo. El documento está en línea, gratis, y el diagnóstico que hace Camilo no podría ser más preciso: “La comunidad de Tunjuelito tiene todas las necesidades comunes a los barrios del sur: inmigración rural, desempleo, falta de servicios [...]”.

A los pocos días, pude entrevistar a Marta Rodríguez en su apartamento. Estábamos ella, Fernando Restrepo y yo hablando del hallazgo mientras mascábamos el humo de un tabaco largo. Les mostré en mi celular las hojas

mecanografiadas, y la memoria generosa de la documentalista ocupó todo el estudio: “¡Claro que recuerdo muy bien cómo llegamos a Tunjuelito! Yo recién estaba desempacada de Europa y Camilo con Orlando [Fals Borda] recién inauguraban la Facultad de Sociología en la Universidad Nacional. A los meses estábamos montando una biblioteca en el barrio, Camilo hasta bautizaba criaturas allí, yo estaba en la escuelita enseñando a leer. También se llevó médicos, ingenieros, arquitectos... La gente quería mucho a los curas allá en el sur. También llegaron el cura Pérez y el cura Laín por la zona. Los estudiantes ayudábamos a llevar lo que hiciera falta, a traer materiales, mesas, libros, lo que hiciera falta, porque faltaba de todo. Ellos daban misa, jugaban tejo y asistían a las fiestas que la misma gente del barrio organizaba, ‘callate, corazón, callate, callate, corazón, no digas nada’: esa canción sonaba en las fiestas. De andar en Tunjuelito fue que conocí ya en la loma los chircales, donde volví tres años después con Jorge a grabar a la familia Castañeda”, contó Marta.

Los boquetes de los chircales cerraron a mediados de los años dos mil. Fuera del sistema de explotación laboral que hervía en los domos, el daño para la salud era tremendo, el daño para el aire ni se diga. Ahora solo queda el esqueleto de algunos hornos a los que otro de mis hermanos corría a

escondese cuando comenzaban a ventiar rejo en la casa. De Muniproc no hay mayor rastro: Camilo Torres se fue pa'l monte y Marta regresó años después. En el 2013 grabó *De barro y alfareros*, un corto sobre las transformaciones inmóviles del Tunjuelo, de cómo el barrio cambió después del cierre de los chircales pero no cambió en su condición subproletaria, de cómo lo que comenzó siendo la utopía de un puñado de estudiantes de Sociología comandados por el cura Torres terminó ensopado en la repetición de la condición obrera. El sur de Bogotá le sigue quedando lejos a Bogotá y en eso se cifra la repetición del desastre. El Tunjuelo de ese segundo documental se mantiene ocre y cuarteado por el sol rolo que lo castiga sin un solo árbol alrededor: esa es la otra condición de ese sur bogotano, la de no tener zonas verdes, no tener más plantas alrededor que las que ponían las mujeres en las ollas que se les fueron dañando y que crecían con terquedad vegetal en las ventanas.

Existió un teatro cerca, el Aristi, un teatro popular al que llamaban El Tarro porque tocaba llevar un ladrillo o un tarro para aplastar el pulguerío que había en las bancas de madera, cuenta mi mamá. En este teatro, que dejaron caer, pasaban las películas protagonizadas por Jorge Negrete, Antonio Aguilar o la India María. La gente aplaudía al terminar la función, la industria cultural mexicana cuajó como

nunca en las clases populares colombianas, eran espejo. Mucho de lo campesino de sus personajes, sus ademanes o refranes le hablaba directamente al sureño mitad migrante mitad campesino; de esa ruralidad del barrio tengo intacta en la cabeza la plaza de mercado y las viejas gigantes de enaguas que se acurrucaban en los bultos de papa mientras desgranaban arveja; recuerdo también las pencas de sábila y nopal colgando de los tenderetes, las camándulas de ajos que adornaban sus puestos, el golpe de colores y olores que emanaban todos sus rincones. De ellas, de la viejas sombrenas, no queda ni la sombra, y mejor, porque muy bonito el barrio obrero hasta que se le echa ojo a la condición de la mujer del obrero. Estas mujeres totémicas que vi cuando iba a la plaza de mercado con mi mamá a dejar las bolsas de chucula y a llevar la harina de sagú no solo eran campesinas, no solo eran mayores realizando todo tipo de trabajos, sino que muchas llegaban a los puestos con la cara llena de morados, labios rotos o cojeando por las golpizas de sus maridos. Se sabía que muchas de ellas fueron abusadas o que sus hijas eran el precio a pagar por el puesto que les arrendaban los dueños de la plaza. De esto me enteré por mi mamá muchísimos años después. Nunca me fijé en esos detalles: yo solo sorbía algún juguito de caja mientras pasaba entre los tenderetes; era adicta al kiwi, y la recompensa

de la jornada escolar era llegar a la casa con un buen par de pepas de la plaza después de que mi mamá me recogiera. La cromática de los puestos y la jugosa geometría con la que organizaban frutas y verduras me hechizaban, pero una vez se terminaban los mandados nos devolvíamos a rebanar sobre la mesa de plástico los extraños frutos velludos que me terminaba de un envión.

4.

Demoré muchos años en hacer míos los libros que tenía en mi propia biblioteca. Me demoré en rayarlos, en marcarlos con mi nombre, en ponerles banderillas o en mancharlos; soy hija de biblioteca pública y en ella los libros se devuelven lo más limpios posible para que otro los lea. Ya de más grande y adolescente, torcí camino para el parque de El Tunal, donde una bandada de ángeles toxicómanos me adoptó y donde los estantes de la Biblioteca Gabriel García Márquez me dieron el catálogo para seguir leyendo antes de irme a tomar cualquier chorro barato con el parche de metaleros y punkeros en la plazoleta de los artesanos. De ellos heredé los gestos del retaque, de la escupa parabólica, de joderme las manos por intentar figuras de alpaca y, sobre todo, de ahí salí con las manos encalambradas por

aprender a tocar guitarra sentada en el andén mientras los grandes se echaban los pipazos. A mis doce años entré en el prestigio del crimen organizado que era la vaca, que era la coladera en los buses que nos llevaban a los toques en Cuadra Picha. En esa vida nocturna que se fermentaba por la carrera 24 fue donde pillé por primera vez los edificios residenciales, esos conjuntos graves y monotemáticos que siempre vi con extrañeza, y que sigo viendo con extrañeza hasta el día de hoy. Nunca tuve amistades que vivieran en uno, llegué a pensar incluso que esa gente nunca salía de ahí, muy calladito todo en esos lares. Nos reíamos de los conjuntos residenciales pensando que eran moteles gigantes.

El orgullo de venir de barrio es tema grave: ¡cuidado, ahí vienen los etnógrafos! Ese orgullo que se repite y se agota, que es mitad asombro de haber sobrevivido a la salvajada y mitad mezquindad de no querer enfrentar toda la ración de sombra que esto implica, orgullo de decir que yo me paro y no me tiembla, orgullo de decir que yo vengo del regaño y la risita de chanzas, de los cotejos que cerraban calles los domingos, de los vecinos bañando a sus perros a platonadas, de los asados en la calle, de ayudar a las doñas Beatrices del mundo a empujar su carromato de dulces hasta el garaje del que saldrían de nuevo lomo abajo a las cuatro de la mañana. Da hasta un fresquito y cierta soberbia

decirle a la gente de unidad, de interior, que escribe cosas de interior: tú no sabes de eso, yo sí; tú tienes los zapatos muy limpios, la cara muy despejada, naciste con el Sí a boca de jarro, nosotros con un No casi que automático; tú corres, yo careo; tú pides permiso, yo pido perdón; yo sé del hambre y el miedo, tú no. Una ridiculez: un orgullo que maquilla el complejo de inferioridad. Este sacar pecho se me fue descolorando en el mismo Tunal. Allí aprendí a beber entre tipos para que me vieran como una igual y me dejaran sana. No quería que me vieran como la pelada a la que le metían mano, preñaban y luego dejaban empegotada de tristeza esperándolos en la casa donde estarían viviendo con los suegros, o a la que le creaban las historias más grotescas solo por ser pelada juiciosa. Ahí, en las escalinatas que estaban fuera del centro comercial, se comenzó a desvanecer la calle, porque la otra mitad de ese orgullo barriobajero implicaba ignorar la humillación a la que se sometieron y se someten millones de mujeres barriobajeras. Aquí pongo el primer taco de dinamita.

Si eres hombre, la calle está para ti. Esquivas las puñaladas de la noche con mayor destreza porque desde niño te lo permitieron, la situación te obligó a hacerlo, el fútbol te despejaba el hambre o la rabia, tenías manada. En los parches, los baretos te calaban el humo en el asiento del cerebro

con mayor tranquilidad porque no estabas solo. Los primeros puños brotaban en la adrenalina y el juego. Tenías la venia para tu ira y la hombría se aplaudía. Te devolvías de las jarteras atajando las calles escurridizas sin temor de que te violaran en el camino o que llegaras a casa y tus padres o tu pareja te molieran a golpes por llegar en ese estado. Las mujeres teníamos que estar en casa, esperando, en la sombra, encerradas —bueno, yo no, aprendí a volarme de la casa muy temprano—. Los papás volvían tarde de las fábricas, te dejaban guardada lavando los tiestos de los hermanos, aguantando los cuerazos por haber tenido la más mínima idea de pertenecer a la ciudad como lo hacían los hombres, es decir, como cualquier ciudadano. El orgullo de barrio acaba cuando ves que nada más hijueputa que el trato que los barrios populares dan a sus mujeres, que lo lustroso de la pobreza está polichado con el pellejo de madres, abuelas, hijas o hermanas eternamente dobladas en los fregaderos, que la barriada también son las manos cuarteadas de miles de mujeres que se tuvieron que esconder en sus piezas a refregar una y otra vez la humillación provocada por sus hombres: maridos, hijos, hermanos, padres o las coscorrias vetustas de sus abuelos, aquí no caben diminutivos. Pongo el segundo taco.

Me echaron de la casa varias veces, pero en una de esas ya tenía cédula, así que me largué del sur a cargarme el crimen

a otro lado, a trastear el encono para otras esquinas y anestesiar los asesinatos; nadie quiere tener a un animal rabioso bajo su techo, tampoco a uno carnalero. Varias peladas del colegio salieron piponas. Yo seguí leyendo todo lo que me cayera en las manos para distraer la consolidación rotunda del dolor y el goce de esos años. Tuve que destruir la barriada en mí para reconocer el veneno y el subterfugio con el que lo defendía. Una vez instalada la muerte entre nosotros, cambiamos, nos endurecimos de manera radical y la autodestrucción parecía dulce. Me pregunté muchas veces cómo defendí el sur, el mismo sur que le dejó a mi mamá dos abortos, la nariz despedazada; el sur que mantenía a las vecinas con el tarro de árnica en el bolso y con unas bolsas en las ojeras en las que ellas mismas se podían acostar y arroparse; las mismas calles que dejaron a las más guapas de la cuadra sufrir la paulatina transfiguración en mujeres amargas; a las ancianas llorando a sus nietos muertos; recordar que los puñales aparecieron en casa con mayor frecuencia como augurio de lo que sería crecer: ser la carne dispuesta o la daga fue el augurio. En mi adolescencia escogí el filo, aprendí a trabajar muy joven, a leer como posea, a tocar guitarra y a dormir en los buses cebolleros sin pasarme de la parada. Quería saber con desespero de esa vida fuera de los mismos rincones a los que me decían

que tenía que pertenecer. Con la guitarra empezaron a rotar los discos en el parche, llegaron los hermosos ruidos, preferí ser la fastidiosa que imprimía tablaturas al socio y le pedía al Perro Loco que prestara cassettes, discos o vhs con los programas de MTV que él grababa.

Patoniábamos al Restrepo o a La Victoria cuando se hacían festivales de música de los que llegábamos más farros que mil. No me pasó nada entre ellos por pura chepa. Nos protegíamos entre nosotros, sobre todo cuando comenzaron las llamadas limpiezas sociales en el sector: de Ciudad Bolívar comenzaron a bajar los primeros muñecos. Me reprocho no haber sido más cercana con las otras mujeres que salían con nosotros. Muchas de esas peladas que caían al parche también tenían el único afán de escapar de sus casas desbaratadas, de su mundo deforme y mal armado que podían remendar un poquito entre la música y el vagabundeo entre barrios. Con los años se destaparon varios casos de abuso entre el mismo combo: ellas, que me llevaban unos seis o hasta diez años, estaban borrachas o no tenían dónde quedarse cuando las atacaron y entiendo su lejanía cuando nos encontramos por la zona. Prendo la mecha que une los tacos.

5.

Debería hacer un registro sonoro de las diferentes voces y entonaciones de los vendedores ambulantes de las ciudades, de sus pregones, de sus palabras, como una biblioteca sonora hecha con los gritos de los que pasan anunciando sus productos en perifoneo. El que más me gusta es el de los aguacateros cuando dicen “¡pura mantequilla en pepa!”, como escuché cerca de donde estoy viviendo ahora. Desde esta ventana, el desorden de gestos y el extravío en la cara de algunos peatones es dulce, la vista de esta carrera con sus grafitis me da una sensación de bienestar y felicidad los sábados por la mañana, miro los objetos con familiaridad, mis matas con augurios, tengo la montaña de frente y los ventanales de este edificio miran expectantes el sol que dibuja uno a uno todos mis trebejos, por fin míos: una cama, un escritorio y los chécheres que el cariño me agrupa en estos pocos metros. Del otro lado de la ciudad estará la casa de ladrillo mirando este mismo cielo y me alivia no estar allí. Me alegra no estar en el barrio, aún con el pleno conocimiento de saber que a veces se me trepan caballos en la cabeza y sus coces me rompen el sueño, que de ese conocido desespero salgo cuando los dejo pastar tranquilos en el sur donde nadie me pregunta jamás cómo estoy, sino que llego a acomodarme en una cancha de tejo a prolongar

la incomprensión entre humanos. En el volver al barrio me encuentro como la perfecta traidora, una notable enemiga: entre más hui del sur, el sur más me llamó; entré más me alejé, más me escudé contra la gomelerizada, que antes de preguntar cualquier cosa andaba preguntando dizque de qué colegio salí. Raspé la olla de venir de periferia para asquearme de no encajar en los dramas clasemedieros que me fueron arrastrando adonde estoy ahora. Y aunque soy la última hija de una familia amoldada en ese universo antiguo, me siento bisagra entre un mundo que ya fue pero que comenzó con mi partida. Me abandono de una epopeya que no me pertenece pero de la que vengo y, aunque ya no insisto en un barrio que también desapareció como lo conocí, me siento representante sin identificarme con nada. Represento ese borde: el viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos. Y por haberme ido delato el gesto final de la traición, el santo y seña que me descubre intrusa entre los míos —la contingencia de escapar no rechaza la contingencia del replazo—, y espero entre esas calles a más traidoras, a más enemigas, a más mujeres monstruosas: jaurías de peladas descamisadas que cristalicen los defectos de sus raíces para que ellas mismas se arranquen de tajo. Mi papá estalló el

CAI del barrio; yo continúo asistiendo a las señales para la demolición personal de Tunjuelito.

Todo bien, vecino. Todo bien, amiga. Me saludas, te saludo. Todo bien los canchosos tatuados en las mismas ace-
ras donde enterrarán a sus dueños. Si no devuelvo el saludo es por mera reconciliación. Les doy mi silencio pero no mi complicidad.

CRÓNICA SOLIPSISTA Y MÁS BIEN TRISTE DE UNA PEQUEÑA PARTE DE SUBA

Juan Fernando Hincapié

—EN BOGOTÁ SOLO ES POSIBLE VIVIR SI UNO NO tiene que desplazarse demasiado.

Repantigado, torpe, con cierta energía y sin ninguna elegancia, les regalo esta obviedad a mi hermana y a Alicia mientras nos dirigimos al norte por la Autopista Norte. Es un miércoles de finales de julio y acaban de dar las seis de la tarde. Vamos para el apartamento de mi tío Álvaro Fernando en la Colina Campestre, en la localidad de Suba, la más poblada de Bogotá. Álvaro está cumpliendo 74 años de edad; mi hermana (Paula) tiene 45, yo 44, Alicia acaba de asomarse a los 40: es un evento importante para todos nosotros, gente de la mediana edad, el más destacado del

semestre. Por esto acometemos la temeridad de cruzar la ciudad en hora pico. Como acaban de dar las seis, y como ocupo el puesto del copiloto —Paula conduce, Alicia va en la silla de atrás—, y como las señoras ignoraron mi axioma y charlan entre ellas, maniobro la radio con el único objetivo de hacerle el quite al himno de Colombia, que (y no tiene nada que ver con nada, porque los himnos no son importantes) a mí me parece tan horrible como bonito es el de la capital.

Metido de entrada en este berenjenal, señalaré lo siguiente: encuentro un detalle irresistible en el video del himno de Bogotá que una alcaldía subió a YouTube en 2017 y que yo he usado para acompañar esta redacción. En el minuto con doce segundos, después de postales variopintas de la ciudad y de sucesiones de conciudadanos portándose bien, practicando deportes, naciendo y queriendo teta, saludando con y sin espontaneidad a la cámara y bailando en los parques públicos, en la mayor parte de los casos con el ritmo que se espera de los hijos de esta tierra, llega un primer plano de la Plaza de Mercado La Perseverancia. En la siguiente toma, vemos el pantallazo de dos mujeres que presumiblemente trabajan allí: la de la derecha transita la mediana edad, la de la izquierda está adentrada en la tercera, y hay algo en su mirada y en su gesto que a mí me pone al borde

de las lágrimas. (Me gustaría afirmar que exagero pero no.) La señora ya está en edad de retiro, pero sigue trabajando: mira la cámara y en la mano derecha sostiene un cucharón que va revolviendo la sopa; de repente, nos regala un amague de sonrisa: es solo una fracción de segundo, pero es lo mejor que le ha pasado a esta ciudad en siglos. La otra mujer, la más joven, completa el encuadre sosteniendo en la mano izquierda otro cucharón que emerge de otra olla; por la forma como lo sujeta, uno sabe que es diestra, y con esa mano, que es la buena, sostiene por el talle a la santa patrona, madre superiora y reina de todos nosotros.

Insto a los bogotanos, cuando grandes y chicos estén odiando un poco este pedazo de los Andes septentrionales que nos cobija a todos, a que se solacen con esta imagen.

Acabamos de pasar por debajo del puente que atraviesa la Autopista Norte a la altura de la calle 116. El carril de Transmilenio avanza a buen ritmo, pero nosotros apenas ganamos racimos de metros cada cierto número de segundos. Mi hermana y Alicia siguen en lo suyo.

Con timidez, con cautela, como si alguien estuviera a punto de señalar mi falsedad, voy mirando la ciudad por mi ventana, por la de mi hermana y por el panorámico, mientras oímos la programación de la emisora Bésame.

Esta ciudad es increíble.

En Bogotá, cuando uno tiene más de cuarenta y sale de su localidad, es como si uno volviera a una ciudad que es Bogotá únicamente porque la persona que está al lado afirma que estamos en la capital de Colombia. Una sensación parecida a la de regresar del extranjero.

Yo pensé que la casa de mi tío quedaba en la Colina Campestre, pero luego me entero de que la Colina Campestre es en realidad un barrio bastante pequeño, y nosotros vamos más al norte. Esto le viene mal a esta crónica, porque la idea era salpimentarla con una anécdota o dos de la Colina, que cuando yo era pelao no pasaba de ser un gran conglomerado de lotes baldíos, enormes planicies en las que se veían árboles de eucalipto, sauces, robles, cedros, liquidámbares, chicalás amarillos (estoy copiando de Internet, porque solo recuerdo los eucaliptos), alambres de púas, canchas de fútbol pobremente tenidas y mezquinamente administradas, modosos conjuntos multifamiliares y hatajos de vacas cursientas en la distancia.

Pero no, no es la Colina Campestre, que por el norte limita con Mazurén, es otro barrio de Suba que se llama Cantalejo y queda sobre la calle 159.

En más de un sentido, la Colina Campestre, Cantalejo y todos esos barrios eran la finca que quedaba de Cedritos para allá.

Allá: la inmensidad, el altiplano: Suba.

En estos días vengo leyendo la extraordinaria *Biografía del Caribe* de Germán Arciniegas. En la página 121 me encuentro con este párrafo:

Avanzan todos hacia el mismo punto: hacia el mismo páramo. No son jornadas de semanas ni meses, sino de años. Unos cuantos miles de hombres quedan reducidos a pocos centenares. Pasan pantanos, selvas, desiertos, alturas heladas, valles ardientes, sufren hambres, guerras, muertes, pelean con indios, tigres, caimanes, se alejan temerariamente de la costa para trepar montañas de diez mil pies de altura, donde el agua se les hace hielo entre las barbas. Al fin, llegan al altiplano. Es una llanura azotada de lagunas, donde indios envueltos en mantas de algodón se acurrucan a fabricar vasijas de barro y los venados saltan azorados entre matorrales de arrayanes [...] Por la tarde todo es de oro: los nubarrones que gravitan sobre el anillo de montes que rodea la llanura; las aguas de los pantanos, y hasta el aire que envuelve las colinas. Por la noche todo es de hielo; el camino de leche de las estrellas que anuncia escarchas para el amanecer; el viento que entumece los dedos; el

agua que se congela en tazones de barro, en artesas de madera. Por la mañana todo es de rosa: las mejillas del alba, el agua que se tiñe en las gotas de rocío, el viento que llega perfumado de los montes. Ese es El Dorado: un poco de cielo, un poco de agua, un poco de aire, que cambian de colores y juegan sobre la llanura apacible.

Algo me dice que cuando Arciniegas redactó estas palabras cargadas de sentido y belleza aún no habían construido el puente que cruza la Autopista Norte por la calle 153, que marcó una ruptura (terrible en muchos casos) para los que crecimos escuchando que el de la 170 era el “Tercer Puente”. A todas estas, ¿cuál sería el Primero? ¿El de la 100? ¿Y el Segundo? ¿El de la 116 o el de la 127?

Estoy a punto de someter a plenaria esta importante cuestión, pero dentro del Nissan de mi hermana todo son nervios cuando llega el momento de adivinar cuál es la salida a la paralela que nos llevará a la 153. ¿Y ese puente tiene oreja? ¿Qué tal que no? ¡Nos tocaría ir hasta Tunja a dar la vuelta! ¡Que Dios nos ampare y nos favorezca!

Adentrados en la localidad número 11 de Bogotá, en el atasco de la calle 153, rodeados de malla verde a ambos costados, la sensación de extrañeza que venía cocinando a

fuego lento por fin se rebosa. Por acá ya no quedan lotes baldíos, ni enormes planicies despejadas, ni canchas de fútbol pobremente tenidas y mezquinamente administradas, ni modosos conjunticos de cinco pisos ni mucho menos hatajos de vacas cursientas en la distancia. Lo único que se ve a izquierda y derecha son terroríficos conjuntos multifamiliares de demasiados pisos.

¿Cómo se sabe que un edificio tiene demasiados pisos?

Si uno, desde un vehículo, le da un golpe de vista y no puede saber cuántos tiene, esos son demasiados pisos.

No solo no puedo creer que esta sea la única salida urbanística de la ciudad, sino que me parece inadmisibles y hasta grotesco.

Inadmisibles no saber quién vive debajo de uno, o arriba, o al lado, o en el primer piso.

Y grotesco el carrerío copando las mismas calles estrechas de hace cincuenta años.

Estos serían los primeros reparos de vivir en un edificio tan alto.

Pero lo peor es ni siquiera detenerse a considerar quiénes son tus vecinos.

Porque yo, que tengo cuatro más cuarenta años, como ya mencioné, recuerdo perfectamente quién vivía en el primer piso, y en el segundo, el tercero y el cuarto —porque

nosotros vivíamos en el quinto—, del bloque 12 de la unidad número 11 del barrio Mirandela, también en Suba, aunque del Tercer Puente para allá.

El último barrio de la ciudad.

Y es a este lugar donde ahora me remito, con el permiso de la lectoría.

Nosotros —mi mamá, mi hermana y el redactor de este texto— vivimos en el apartamento 501 del bloque 12 de la unidad 11 del barrio residencial más al norte de Suba durante dieciséis años. Llegamos el sábado 23 de julio de 1988 y nos fuimos un sábado de abril de 2004. No sé la fecha exacta de 2004, pero recuerdo como si fuera ayer que yo tenía un guayabo terrible; esto para decir que el niño de nueve años que llegó a su nueva casa un sábado de julio del 88, después de ayudar con el trasteo a su mamá, a su hermana y a Elisa, obtuvo el permiso para salir a la cancha que queda entre las unidades 11 y 12, donde se incorporó a un partido de fútbol que, según el hombre que escribe estas palabras treinta y cinco años después, no solo no se ha terminado de jugar sino que, cuando finalice —el señor que transita la mediana edad lo acaba de entender y está en paz con ello—, su propia vida llegará a término.

En el 502 vivieron por un tiempo Carmen y Pedro. Eran costeños, eran mayores y eran hermanos. Carmen tenía unos profundos ojos verdes y nos dejaba usar su parqueadero; con solo golpear su puerta, y sin importar lo que ella estuviera haciendo, me prestaba servicios menores como coser los dobladillos de los pantalones y los botones que se me iban cayendo por las actividades propias de la época. A Pedro, ya en este siglo, uno de los sobrinos que se trajo a vivir a su apartamento le pegó una puñalada en las escaleras que bajan del quinto al cuarto piso. Por turnos, desde el ojo mágico, mi mamá y yo fuimos testigos de este intento de homicidio y llamamos a los porteros. Pedro sobrevivió. En el 401 vivía una señora que trabajaba todo el día, y cuando llegaba a casa en las noches no tenía ningún escrúpulo en llamar a la portería cuando a mí me daba por jugar baloncesto en mi habitación, con un baloncito y un tablero que mi papá me había regalado y que yo colgué detrás de la puerta; venía algún amigo y armábamos tremendos partidos hasta que mi mamá abría la puerta y decía: “¡Juan Fernando, por favor!”. El apartamento 402 permanecía desocupado por grandes periodos; el 301 albergaba a una gran familia colombiana: recuerdo hasta tres generaciones obstruyendo las escaleras, pero solo los abuelitos y un niño pequeño estaban allí todo el tiempo. Al niño le

decían Rambito y yo me lo subía a veces a competir en intensas maratones de Super Nintendo, que acompañábamos con Tostacos y Coca-Cola. A Rambito, en una de sus incursiones por la unidad, un niño de otro bloque le clavó en el ojo un bodocazo con alfiler en la punta. Rambito se lo sacó a la buena de Dios, y porque pensó que lo iban a regañar no dijo nada. Sin embargo, en la madrugada su llanto despertó a la familia, lo llevaron a la clínica y fue de ese modo que perdió el ojo izquierdo. Rambito se llama Juan Sebastián, nos seguimos en Instagram y a veces me comenta las publicaciones. Creo que es músico y, si no estoy mal, vive en Argentina. La vecina de Rambito se llamaba Carmenza, era de mi edad y vivía con una abuela confinada a una silla de ruedas y conectada a un tanque de oxígeno, lo que le confería a la nieta cierta libertad de movimientos. Durante un tiempo, Carmenza y yo nos dimos besos eléctricos en las escaleras, pero ella decidió optar por otros muchachos, y cuando quise luchar por nuestro amor, pasados unos meses, noté que ya no vivía allí. El 202 lo ocupó durante algunos años un matrimonio caleño con hijos grandes que siempre llevaban chaquetas de cuero, y como mis amigos y yo nos la pasábamos en bermudas, no había mucha chance de entablar conversación. La señora se llamaba Bernarda, y de unas vacaciones en los Estados Unidos nos trajo una

película en vhs; a mí me pareció un detalle muy bonito de su parte e insistí para que la viéramos un domingo en la noche. La película no traía subtítulos al español y Paula y mi mamá se quedaron dormidas a los cinco minutos. Yo me enojé por su traición pero me la vi toda, trataba de un señor como que vendía carros y le comenzaba a ir bien, pero después muy mal, algo así; aunque no entendí mayor cosa, me fui a dormir satisfecho.

Los apartamentos 201 y 102 son un gran agujero negro: por más que expreso mi memoria no recuerdo propietarios, inquilinos ni ocupantes, y eso es lo primero que le pregunto a Ilka Pacheco, una mujer a quien quiero como si fuera mi propia madre y que vivió en el 101 un buen número de años.

Ilka me dice que en el 201 vivían unos viejitos que no se metían con nadie y el 102 era de una señora que se llamaba Heidi, que siempre se ponía minifaldas. Cuando ella se fue —al parecer a Miami o a Cedritos—, le alquiló el inmueble a una profesora de preescolar, Adriana, que vivía con Javier, su esposo médico pediatra, y con Javi, el fruto de su amor. Según mi vecina del primer piso, este niño jugaba con Miguel Ángel —el primogénito de Ilka y Ernesto— y conmigo.

A mí siempre me intrigó el hecho de que Miguel Ángel hubiera nacido en Rusia de una mujer panameña. Eso estaba más allá de mi comprensión: la gente de mi edad

provenía en todos los casos de papás que habían llegado a Bogotá desde otras partes del país, ellos y sus muchísimos hermanos, todos embutidos en una casa que les quedaba justa, y cuando sus propios papás se iban muriendo, estas personas ya habían ahorrado lo suficiente para poner la cuota inicial o si las cosas no habían ido demasiado bien, al menos tenían lo del arriendo de un apartamentico en un conjunto de edificios de cinco pisos, como Mirandela, donde sus hijos nos hicimos adultos.

A Ilka Pacheco el Gobierno de su país le otorgó una beca de estudios en Ucrania. Allí conoció a Ernesto Salgado, un estudiante proveniente de Colombia. Se enamoraron, se casaron y llegó Miguel Ángel. Antes de radicarse en Bogotá, la familia se completó con Tatiana y Natalia y pasó temporadas en Panamá y Ecuador, hasta que Ernesto tuvo que venir a ocuparse de la muerte de su papá. Estando en ello, y porque su mujer se negaba a vivir en casa de la suegra, Ernesto se tomó una mañana para ir a la constructora Cusezar y dejar el pago inicial de un apartamento en un conjunto muy al norte de la ciudad, tan al norte que para llegar tocaba coger una de las flotas que iba para Chía, Cajicá o Zipaquirá y bajarse en la calle 188, donde era necesario invocar la ayuda del Altísimo para poder atravesar la Autopista Norte, porque en ese entonces no había puente.

Así, Ilka —con la bebita de seis meses, Natalia (aunque yo siempre le dije Natalí), en brazos— y Ernesto —con Miguel Ángel de una mano y Tatiana de la otra— se pasaron a vivir a Mirandela en agosto de 1988, y poco después, y quizá con la misma naturalidad con que el chico que vivía en el quinto había ingresado a un partido de fútbol meses y párrafos atrás, este niño comenzó a entrar a su apartamento a jugar con Miguel Ángel y con las niñas, a estar allí y sobre todo a comer, que, para decirlo con un dicho de la época, comía más que la plata al veinte.

Llegados a este punto, lo mejor es cederle la palabra a mi vecina del primer piso:

Me acuerdo de que Constanza fue la que me cobró las llaves de entrada, y yo dije “Uy, qué señora tan brava”, llegó a la casa, timbró y dijo: “Mire, las llaves le valen dos mil pesos”, y me entregó las llaves de entrada del bloque de nosotros, y de ahí en adelante comenzamos a saludarnos. Conoces nuestra historia, una historia de amistad, de amor, de hijos, de familia. Teníamos todo un equipo, que le llamábamos las Barbies, y a Ernesto le llamábamos el Ken. Éramos Consuelo, la mamá del niño que se llamaba César, doña Edelmira, Constanza, la doctora Guiomar, ¿te acuerdas de ella?, y

yo. Nosotras éramos las Barbies y Ernesto era el Ken, y nos dedicábamos a tomar aguardiente [...] Era la primera vez que casi todos éramos independientes, ya no vivíamos con los papás, esos arreglos, y por eso ustedes se hicieron tan amigos, tan hermanos, tan familia. Porque crecieron juntos, por lo menos juntos hasta los diecisiete años.

En Mirandela muchos construimos mucho amor. Es un conjunto que merece la pena recordarlo, lleno, lleno de amor. No hubo enemistados, algún chisme y comentario, pero siempre estuvimos muy unidos, por los menos los que teníamos hijos de la misma edad [...] Te voy contando todo lo que me vaya acordando, porque son recuerdos hermosos... El supermercado que teníamos era Romi, y cruzábamos la Autopista, y después en ese centro comercial abrieron Los Tres Elefantes. Después pusieron Dilucas (en Tejares del Norte), y el camión ese que llegó a vender unas hamburguesas sucias que no los dejábamos comer pero que ustedes comían.

Oigo los mensajes de voz de Ilka Pacheco una noche de septiembre, mientras ceno con Alicia en nuestro apartamento de Chapinero. Solemos voltear la tele hacia la mesa del

comedor y ver alguna serie, pero yo no estoy en condiciones de ver nada y Alicia lo comprende pronto. Emocionado, le pongo pausa al televisor y oigo los mensajes una y otra vez. Le reenvío algunos a mi hermana. Todo lo que dice mi vecina es cierto, y ahora que he llegado a una edad que excede la que tenían Ilka y mi mamá cuando llegaron a vivir a esa parte de Suba, y después de haber pasado los últimos dos años escribiendo única y exclusivamente sobre mi barrio, comienzo a entender algunas cosas que solo es posible entender con la edad.

Tomo la decisión de volver a Mirandela, darme una vuelta, “ver a ver qué veo”. Volver al menos un día y ojalá poder caminar la unidad y ver un apartamento por dentro. Pasear por el parque y por las tiendas. Hasta se me ocurre que sería buena idea subir los cinco pisos del bloque 12, timbrar en el 501 y que sea lo que Dios quiera.

Es más fácil de lo que pensaba: busco en el sitio de Internet de Metro Cuadrado y me toma unos quince minutos dar con un apartamento en venta en Mirandela 11. Lleno un formulario con mis datos y en la tarde me llama un señor.

Quedamos en una cita para el lunes 11 de septiembre a las dos de la tarde.

Luego de vueltas, semáforos, arrancones y frenadas, interjecciones, dimes, diretes y algún grito, porque la aplicación estaba caída, estoy de pie en la portería de la segunda etapa del Conjunto Residencial Parque Central Colina. Hago la fila (hay que hacer fila) hasta quedar en frente de un señor uniformado.

—¿Para dónde va el caballero?

—Voy para donde mi tío Álvaro. Álvaro Fernando Montoya.

—¿No sabe el apartamento?

—Uy, no. Ni idea.

Doy un paso al costado y desde el ventanal le pongo un mensaje por WhatsApp a mi hermana. Mientras lo hago, la veo acomodar el carro en la calle con un forzado reversazo, porque el celador que estaba en la rampa (habíamos entrado inocentes y ganadores por ahí) nos dejó saber que primero teníamos que anunciarnos, así que ¿sería tan amable la señora de dar reversa? Estamos en hora pico.

Salgo, bajo las escaleras, cruzo la calle y, como todavía me queda algo del buen humor que he traído conmigo a este reencuentro con Suba, les digo a ella y a Alicia: “Mona, Mona, tiene una moneda, Mona, vea que no es pa vicio”.

Vuelvo a la portería, me formo en la fila y cuando me llega el turno menciono la torre y el número del apartamento.

—¿Y la placa del carro?

—Ay...

Voy de nuevo al Nissan, esta vez no tengo ninguna broma para ofrecer, regreso con la información y hago la fila una vez más.

Durante los minutos que pasé en la portería del conjunto en el que viven Álvaro y Luz Ángela, transitaron por allí no menos de 150 personas en distintos momentos de sus vidas y con distintos grados de neurosis (incluido este cronista); pasaron plomeros, mariachis y toderos, gente que llegaba del trabajo y gente que iba para el trabajo; parches de preadolescentes, posadolescentes y bebés metaleros; un equipo de microfútbol femenino, domiciliarios con uniforme, sin uniforme y con pedazos del uniforme; perros de todas las razas, gatos que iban para su casa y gatos que huían de la suya porque, era evidente, no soportaban más el gimnasio que el todero ya se volvió un experto en instalar y que sus dueños compraron con tanto esfuerzo y en promoción. También me pareció ver un babuino.

El celador me entrega un recibo. Luego de tres horas hay que pagar un valor, advierte. Vuelvo con las mujeres. Entramos triunfales.

Bajamos un sótano, dos sótanos, tres sótanos. Alicia se está mareando, la conozco.

Por fin, Paula estaciona en un lugar libre y podemos pisar el centro de la tierra.

Hemos llegado.

—Que me atracaran en el parque de Mirandela sería algo muy malo para mí, pero sería algo bueno para esta crónica —pienso en voz alta de una manera que solo puede calificarse de irresponsable, pero que está motivada por una sencilla búsqueda de “Mirandela” que adelanté en YouTube esa misma mañana.

Alicia Susana entorna los ojos y ni siquiera se toma el trabajo de responder.

Es lunes. La fecha, como ya dije, es 11 de septiembre. El año es 2023. Ha pasado un mes largo desde el cumpleaños de mi tío, acabo de desayunar y me dispongo a salir hacia mi antiguo barrio.

Mi novia me da un beso, camino hasta Transmilenio, espero el que va hacia el norte y se detiene en todas las estaciones, porque esto me dará pie para la reflexión, y si algo necesita este texto es justamente reflexión, para poder decir todas las cosas importantes, definitivas y hermosas que tengo por decir sobre esa pequeña parte de Suba.

Una vez en el vehículo, no me quedo en la puerta, sino que doblo a la izquierda hasta detenerme apenas a un

metro del conductor, enfrente de una señora con cara de bajarse pronto.

En todas las estaciones la mujer reacomoda sobre sus piernas un bolso y un portacomidas, finta que me trago cada una de las veces como indicio de su pronta salida. Quien se pone de pie, en la 106, es el muchacho que iba a su lado y que yo podría haber apostado que vivía y era producto de Villa del Prado, y por ese motivo no le velé el puesto. Me precipito sobre la silla libre repartiendo placajes y empujones a ciudadanos de la tercera edad, me acomodo, saco la libreta y el esfero, y ahora sí: ¡que se tenga *Bogotá contada!*

Número de sillas: 32

Pasajeros de pie: 128

Total pasajeros: 160

Eso fue todo cuanto anoté antes de bajarme. Mi idea era, a la altura de la calle 153, dar un vistazo hacia Suba y registrar una vez más la total insolencia de los esperpénticos edificios que había visto el día del cumpleaños de mi tío. Pero se me olvidó.

Lo bueno de esta ruta es que no hay que hacer trasbordo en el Portal del Norte. Sigo derecho hasta la estación de la calle 187.

El puente peatonal que cruza la Autopista es la típica armazón de Transmilenio que vino a mejorar el puente de

concreto y baranda roja que se agrietaba por la mitad, que databa de finales de los ochenta y que yo atravesé cientos de veces sin el consentimiento materno. Hay vendedores ambulantes en la mitad del puente, pero ninguno en el andén en que desemboca, del lado de Suba. Me pregunto por qué, hasta que veo la intimación con que la asociación de vecinos los ha espantado.

En la incesante búsqueda del cronista por el enunciado perfecto y atractivo, pesquisa que ha acabado con tantas carreras e impulsado otras, no demasiadas, pero alguna que otra, no encuentro uno mejor para penetrar en mi barrio (en realidad, en toda la clase media aspiracional colombiana):

ZONA ESPECIAL DE SEGURIDAD
JUNTA DE ACCIÓN COMUNAL
MIRANDELA
LOS LIBERTADORES
PROHIBIDO VENDEDORES AMBULANTES
RESOLUCIÓN **453** DE DICIEMBRE **11** DE **2018**

de la calle 182 a la 189 y la carrera 45A
(Auto Norte) hasta [sic] la carrera 57A

Son las 12 y la cita para ver el apartamento es a las 2: podré darme mi vuelta.

Lo primero que tengo que decir es que, después de tantos años, por fin veo con claridad lo que Fernando Mazuera (urbanizador de Mirandela, Mazurén, Madelena, Marantá; una personalidad que solo puede calificarse de pintoresca) pretendía con este pedazo de Suba. En el extenso lote del medio, la joya de la corona: el parque —un parque gigantesco con canchas multipropósito, zonas verdes, pista de bicicross, puentes: una maravilla—, y en los rincones de ese primer lote, los enclaves de las tres primeras unidades (Mirandela 12, 11 y 10); el rincón suroccidental, y hasta ahora entiendo por qué estaba enrejado y era un lío cuando por ejemplo un balón caía allá, siempre estuvo destinado al modesto centro comercial Mirandela, que es como un primo venido a menos (pero muy a menos) del Centro Comercial Santafé, una cuadra larga al sur.

Mazuera se guardó los lotes aledaños para, en la medida de las posibilidades de su negocio, ir rodeando el lote del parque con las unidades faltantes, de tal manera que desde el cielo ha de verse una U encerrando el parque, para que todos tengan acceso. Ahora que lo pienso, habría tenido sentido comprar también los lotes que colindaban por el sur, para encerrar en perfecto cuadrado el parque, pero los urbanizadores de Tejares del Norte se le adelantaron.

Yo solía jugar fútbol contra los de Tejares I y Tejares II. Eran malísimos, eran llorones y siempre merecían perder (no solo en las competiciones futbolísticas). Algunos de mis conocidos de Mirandela, con los años, se fueron a vivir a Tejares. Yo nunca les volví a dirigir la palabra, y apenas encuentro una explicación mientras esta oración se me derrapa: que Mirandela se valiera de números arábigos para sus unidades y Tejares de romanos se fue convirtiendo en una brecha insalvable, una cosa arribista y afectada que me hace aferrarme a la autenticidad de mi barrio.

Un último párrafo de paradigmática información general:

Pasados unos años de vivir en ese sitio, y porque yo quería entender si no todo, al menos una gran cantidad de cosas, comencé a comprender los designios del constructor: primero erigió la unidad 12 (por cierto, los que vivían allí siempre me parecieron avejentados, incluso estando, como estaban algunos, en la flor de la vida), luego la 11 y luego la 10. ¿Pero por qué, entonces, Mazuera, por qué la unidad 10 solo tiene doce edificios si la 12 y la 11 tienen dieciséis? ¿No te parece eso una chambonada? ¿Y por qué carajos decidiste cambiar el diseño de los edificios cuando levantaste Mirandela 1, y luego la 2, la 3, la 4, la 5 y la 6? Esos edificios a mí nunca me gustaron, y son los que se ven desde la Autopista: son puntudos, angulosos y se tienen sobre

esmirriadas columnas. ¡Qué susto! Y una última pregunta que te tengo, muchacho, aunque veo que dejaste el mundo cuando yo apenas llegaba, en octubre del 78, pero entonces alguien tiene que estar en capacidad de responder, uno de los herederos, que siempre son los que se tiran las vainas: ¿por qué volviste a cambiar el diseño en Mirandela 7, 8 y 9? Reconozco que estos son más “cucos”: parece que allí solo pudieran vivir enanos, son como de juguete.

¡¿Por qué, Mazuera, por qué?!

Con este antecedente, recorro en orden las Mirandelas que rodean el lote del parque. Yo tenía amigos en Mirandela 1 y 2, y por un segundo pienso en lo que sería encontrarme a alguien. Creo que ya hemos pasado la edad de mirar para otro lado, pero ¿qué decir? (De pronto yo podría tomar la iniciativa y saludar con un “¡Qué video monta!”, que era una frase muy popular en la época y que sin duda rompería el hielo en esta ocasión.) Voy anotando números de anuncios de “Se vende” y “Se arrienda”. Un extremo de Mirandela 3 se encuentra del otro lado de la calle de la verja por donde entran y salen los trasteos de Mirandela 11, mi unidad. Allí jugábamos volibol, un equipo dentro de la unidad y el otro fuera. Era lo más divertido del mundo, pero ahora han cambiado la verja y la nueva viene coronada por unos terribles chuzos, que también les han puesto a los basureros

por donde Miguel Ángel y yo estábamos en capacidad de salir en menos de diez segundos (partiendo desde su habitación del primer piso). En términos generales, los cambios que encuentro luego de veinte años tienden a que todo sea más compacto y más seguro, también un pelín más aburrido. En Mirandela 4 o 5 vivía una chica que también asistía a mi colegio, Pasaboquitas. A mí me gustaba, pese a que no era muy bonita; recuerdo que se fue a vivir cerca de Bulevar Niza. ¿Cómo era que se llamaba? Andrea, Andrea Paola. Todas las chicas de mi generación se llamaban así, o Diana Carolina, Ángela María, Sandra Milena, Luisa Fernanda, Ximena o Ivonne. Me llevo una sorpresa con Mirandela 6. Hay algo novedoso en su diseño. Los celadores son amables y me dejan entrar: veo los mismos jardines cuidados que en las otras Mirandelas, gente haciendo su trabajo, alguna niñera apurada. No hay mucho para decir, y eso es algo bueno de un conjunto residencial, en especial si uno pretende vivir ahí. Quiero ver un apartamento por dentro y llamo a un par de números. No contestan.

Las Mirandelas 7, 8 y 9 son las cajas de zapatos ya descritas. Nada que ver ahí.

Me adentro en el parque y lo camino de lado a lado. En la cancha de concreto donde pasé algunos de los mejores momentos de mi vida hay un gordito saltando lazo; más allá,

en el pasto, una mujer echada sobre una estera se flexiona y les habla a sus seguidores en el teléfono. No hay mucha acción en el parque de Mirandela, pero se ven neonatos aquí y allá tomando el sol, personas que van y vienen y que no es difícil concluir que se están permitiendo un rodeo por la zona verde mientras desenmarañan sus pensamientos. Se siente bien estar aquí a esta hora, y puede que a cualquier hora, y las únicas posibilidades de atraco son que yo le rape el celular a la señora y salga corriendo. ¿Será que debería pasarme a vivir de nuevo a este barrio? Juego con este pensamiento mientras me acerco al bullicio del colegio público que construyeron en la zona verde donde una vez el papá de Camilo Manga, que vivía en la 12 pero era muy querido, nos trató de enseñar a jugar béisbol, y era como enseñarle a un grupo de asnos silvestres a recitar León de Greiff. Siempre me he querido encontrar al papá de Manga (me temo que he olvidado su nombre) y escuchar su recuento de esas jornadas. El colegio se llama Nueva Zelandia y, al parecer, a los vecinos no les cayó bien que erigieran una institución de enseñanza pública en el corazón del barrio, quizá de la misma manera en que ahora se oponen a los vendedores ambulantes. Me quedo mirando un rato a los niños en recreo.

Hora de almorzar.

Las hamburguesas a las que se refería Ilka eran las de un señor al que le decían el Pana. Primero se hacía pegado a Mirandela 1, en la calle de entrada al barrio. Luego se pasó un poco más al occidente y construyó su emporio enfrente de lo que hoy es la entrada al colegio. A mí el Pana me caía muy bien, y yo a él, porque mi mamá alguna vez le ayudó con unos papeles para que una de sus hijas pudiera estudiar. Lo ideal para este día habría sido almorzar donde el Pana, pero al Pana lo mataron hace más de veinte años, cuando ya se había diversificado con la compra de un billar en el barrio Güicaní, donde a mí también se me consideraba un cliente VIP.

Así, la siguiente mejor opción es Chicken Billy, un lugar de hamburguesas en uno de los locales que queda saliendo de Tejares del Norte IV. Todos los otros negocios del barrio fueron muriendo, pero Chicken Billy se mantiene. Eso en sí mismo es meritorio. En el local solo están el dueño (un hombrecito con un aire a Roberto Gómez Bolaños) y su sempiterna empleada, que ha de tener mi edad. Charlan entre ellos cuando entro a preguntar si hay servicio. “Sí, claro, caballero”, responde el hombre. Pido la especialidad de la casa, combo de hamburguesa de pollo, y me siento a esperar afuera. A los pocos minutos me llaman: la mujer me entrega la hamburguesa, que sostiene por un cartón que la

tiene asida (a la hamburguesa) de un ángulo. Las papas me las dan en un recipiente sopero de icopor, y para poder echarles las salsas, y porque nos conocemos hace treinta años, le devuelvo la hamburguesa a la empleada para que me la tenga un segundo. De la nevera tomo una Kola Román. Más allá de que los vegetales no están muy frescos, y las papas son de las feas, y la Kola Román es horrible (aunque deliciosa), quedo conforme con el almuerzo y me quedo mirando el cartón que me permitió cargarla, que dice “Hamburguesa” y trae el dibujo, cómo no, de una hamburguesa. Cuando le tomo una foto, concluyo que tiene que ser el más barato del mercado, pero es digno y cumple su propósito; es la estampa de la medida y de ciertos colombianos que a mí siempre me caen bien. ¿Cómo explicar que gracias a esta funda de cartón Chicken Billy se ha mantenido durante treinta años y lo seguirá haciendo hasta el final de los tiempos?

Cuando voy a botar la basura, la mujer me sonrío y yo le sonrío de vuelta. Desde luego, estamos al tanto el uno del otro, aunque esto no sirve de nada, no en ese momento y en esa circunstancia. En ese estado de ánimo, camino a mi cita para ver un apartamento en Mirandela.

El agente inmobiliario me espera sentado en un sillón de imitación cuero en la remozada portería de Mirandela 11. Lo reconozco por su foto de WhatsApp. Nos damos la mano.

Se llama Miguel Miranda, tiene más o menos mi edad, se traga entero el video que le monto respecto de que soy un profesor a punto de aceptar un trabajo en un colegio de la zona y se dispone a mostrarme el apartamento que la aleatoriedad de Internet nos ha puesto en el camino esta tarde: el 501 del bloque 16.

Nos adentramos en mi unidad y giramos a la derecha.

Maryory Prieto, una amiga que aún conservo, vivía en el 401 de ese bloque. Camino al quinto piso, le tomo una foto a la puerta de su apartamento y se la envío.

Al momento de mi visita, el apartamento 501 está ocupado por el 80% de la familia. “Todos están teletrabajando”, advierte la señora de la casa. Me parece conocida, es una mujer atractiva, pero decido ahuyentar estos pensamientos dentro de un apartamento que es igual al mío. Y que podría volver a serlo, aduzco mentalmente.

¿De verdad tengo intenciones de volver a vivir aquí?

Todo parece más pequeño: la cocina, el área de sala-comedor, las habitaciones. Está claro que el paterfamilias no está matado con mi presencia en su hogar; durante mi visita, permanece sentado en la mesa del comedor, conectado a lo que parece ser una clase presidida por él mismo. Su voz es grave y viaja, envuelve y domina los 67 metros cuadrados de ese recinto, y por debajo de sus ondas vive la familia y yo voy

formulando mis preguntas: ¿cuántos metros cuadrados tiene este bello inmueble? ¿Cuántos dueños ha tenido? ¿Hace cuánto se construyó? ¿Hay conexión de gas? En la habitación que era la mía hay una joven echada en una cama, atenta a la pantalla de una laptop; la congratulo por un afiche de Lionel Messi alzando la Copa del Mundo, pero cuando vamos a la habitación de su hermana, que era la de mi hermana, veo a su propia hermana encorvada ante un escritorio que se desprende de un camarote y comprendo que, como el hermano mayor no está, la chiquita ha ocupado su habitación.

Las muchachas se muestran sonrientes y solícitas, como su mamá.

En la habitación principal reina un desorden un poco disonante con el resto de la casa y que uno sabe que proviene del patriarca.

—Convendría remodelar los baños —digo de repente.

La señora asiente con solemnidad y contraataca con una riada de historias familiares cuyo centro es que todos “han viajado”, y como los hijos van creciendo, ella y su marido tienen otros planes.

No pregunto qué otros planes.

Desde el comedor, el jefe del hogar sigue hablando muy duro y yo ya he tenido mi cuota de cuartos, clósets y metros cuadrados.

Hasta de Mirandela.

De cualquier manera, como por no dejar, le pido a Miranda que caminemos un poco por la unidad mientras Maryory Prieto bombardea mi WhatsApp.

Nos adentramos por la zona verde de los basureros y, pasados dos bloques, hago girar a la izquierda al agente inmobiliario, de tal manera que pasemos por el frente del edificio donde viví dieciséis años, en cuya entrada le descargaré un sopapo que lo dejará inconsciente los minutos que me llevará subir hasta el quinto piso, saludando desde luego a Ilka y a todos los demás, para refocilarme un rato en mi casa. Cuando yo tenía doce años, por ejemplo, con una navaja tallé mis iniciales en el guardaescobas que pasaba por detrás de mi cama. ¿Será que ya las quitaron? Lo dudo.

Pero no es posible. En estos veinte años una administración cambió las puertas de entrada a los edificios. Ahora son totalmente de vidrio y no tienen chapa, sino que arrendatarios y residentes digitan una clave que les permite el acceso.

La verdad sea dicha, la piedra angular de este texto sería la descripción en tiempo real y sin concesiones del cúmulo de sentimientos que se apoderarían de este cronista al estar de nuevo en su casa.

La verdad sea dicha, no siento nada más allá de cierta, parca alegría de estar vivo.

Y un ligero afán de abordar Transmilenio antes de que se ponga imposible.

Me despido para siempre del agente inmobiliario de apellido Miranda. Tomo notas en el parque.

Maryory Prieto vivía en el 16-401, yo vivía en el 12-501; Pollo, que terminó casado con Maryory y tiene dos hijos con ella, vivía en el 14-501, y como su teléfono era 6703117, y el mío 6703217, nos hicimos muy amigos; Guillermo Díaz vivía en el 8-401, las Melo (Carolina, Angélica y Sandra) en el 4-202, Mariálex en el 2-301, Miguel Ángel en el 12-101, Andrés Guerrero en el 14-302.

Ya todos se han ido.

Minutos después, desde su oficina, Maryory enreda un poco la pita y contradice la afirmación de la señora y del agente inmobiliario respecto de que el inmueble ha tenido un único dueño, y explica en parte el desorden de la habitación principal que quedaba justo encima de la de Garis y Jesús —los papás de mi amiga—, o sea, en el apartamento 501 que acabo de ver. En ese cuarto hallaron muerto a un hombre joven en los noventa. Lo encontró la novia, y vinieron de Medicina Legal a hacer el levantamiento del cadáver. Era un buen muchacho —afirma la mamá de Maryory—, pero era fiestero y le gustaba el relajo. Tenía dos hermanos que vivían en el mismo conjunto, porque los papás le regalaron a cada uno un apartamento.

Sin bajarme de Transmilenio, pergeño una teoría: el señor que dictaba la clase es uno de los hermanos del finado, y por alguna carambola del destino se quedó con el inmueble. Escarbo un poco en mi memoria y recuerdo a una pareja joven que vivía en el último piso del bloque 15; la mujer era el total objeto de nuestro deseo y es muy probable que se haya convertido en la guapísima señora que nos atendió a Miranda y a mí. El “señor”, que no tenía más de 30 años, transmitía un aura juvenil, manejaba un Renault 18 arreglado y, porque quería congraciarse con los pelaos, una vez nos dejó a Pollo, a Andrés Guerrero, a Manga y a mí una botella de aguardiente escondida entre los matorrales. Tenían un bebé, que ahora es el jayán que no estaba en casa.

En fin: dejémoslo por ahí.

El final de este texto, no obstante, llegará en el piso 17 de un apartamento en el barrio Cantalejo, también en Suba.

“¡Uste, gonorra!”

Lo que me parece triste de este texto, y un poco de mi vida, aunque también es un alivio, es que Alicia y yo ya no tendremos hijos, y por lo tanto nunca tendremos que fingir consternación ni nos veremos en la obligación de reprender a un niño o a una niña por llegar a casa con la mixtura

de una interjección propia del altiplano cundiboyacense más la palabra que los antioqueños han puesto a rodar por Netflix, aprendida vaya a saber uno de qué bogotano o bogotana, ni en qué localidad.

Pienso en esto desde la terraza del apartamento de Álvaro y Luz Ángela, que ofrece un imponente panorama de Mazurén, la Colina Campestre y otros barrios de Suba. Al llegar, nos ofrecieron cervezas, pero yo acepté un vaso de agua. Unos años atrás, Álvaro y yo estaríamos acá mientras él se fumaba un cigarrillo, pero Álvaro dejó de fumar desde el nacimiento de su nieta, que esa misma tarde pasó a saludarlo.

Mi tío Álvaro no la ha pasado demasiado bien en el último tiempo.

Pero ¿acaso alguien la ha pasado demasiado bien en el último tiempo?

Salimos a la terraza para que Alicia, que no conocía el apartamento, viera su principal atractivo. Al parecer, a los otros asistentes a la fiesta, el agua —como diría Arciniegas— se les hizo hielo entre las barbas y el viento les entumeció los dedos, porque se refugiaron en la sala, donde después comeremos torta y charlaremos y todo eso.

Se ven miles y miles de viviendas de apenas una pequeña parte de la localidad más poblada de la capital de Colombia. Son tantas y tantos los bogotanos, que me siento levemente

mareado. Hace poco me sorprendió encontrar en la magnífica novela *Camas gemelas*, de Paola Caballero Daza, la siguiente cita, que en otro estado de ánimo perseguiría hasta las últimas consecuencias:

Colina Campestre, el barrio donde vivía el Negro, no era Suba.

Desde aquí, sin embargo, Colina Campestre parece Suba, y Suba parece el mundo.

—¿Y de dónde salió toda esa gente que vive ahí? —pienso o digo.

El hermano de mi mamá no lo dice, pero es como si lo dijera: pues de los descendientes de aquellos que pasaron *pantanos, selvas, desiertos, alturas heladas, valles ardientes, sufrieron hambres, guerras, muertes, pelearon con indios, tigres, caimanes, se alejaron temerariamente de la costa para trepar montañas de diez mil pies de altura.*

Si no estoy mal, cuando nos conocimos, mi tío Álvaro ya vivía con Luz Ángela en un apartamento en Teusaquillo. Antes de eso, me toca suponer (porque mi tío no tiene celular y me da vergüenza estar llamando a Luz Ángela) que vivió con sus papás y con sus siete hermanos en el barrio Modelo Norte, en la localidad de Barrios Unidos, donde

la familia se instaló en 1960 proveniente de Manizales. En Teusaquillo, Álvaro y Luz Ángela recibieron a sus hijos, Carlos Arturo y María Alejandra, que junto con Alicia, Paula y este servidor harán parte del coro que le cantará el “Feliz cumpleaños” a su papá y a nuestro tío y al marido de Luz Ángela en algunos minutos. En 1990, los Montoya Fandiño compraron un apartamento en la Unidad Residencial El Gualí, en la localidad de Engativá, donde Carlos Arturo ocupaba el altillo. Hace unos años se pasaron a Cantalejo.

En el barrio Modelo Norte, Álvaro y sus hermanos jugaban con los vecinos de la cuadra, que en la mayoría de los casos hacían parte de familias numerosas venidas de diversos rincones del país. Estaban los Perilla, por ejemplo, de Somondoco, que al igual que los Montoya Gómez también eran ocho —cinco mujeres y tres hombres—, de tal manera que cada uno hallaba su par con los de la casa de al lado. Qué maravilla.

Jugaban en el parque de La X, donde yo también alcancé a jugar con mis primos.

En cuanto al señor que me regaló un tablerito de baloncesto y un balón con los que fastidié a la vecina del 401, creció con sus diez hermanos en la zona rural de Ansermanuevo, Valle del Cauca. ¡Lo que sería una visita a almorzar de los primos de Pereira!

Y es a este señor, y a la señora que Ilka en primera instancia pensó que era muy brava y que ayudó al Pana con unos papeles para que una de sus hijas pudiera estudiar, y también, desde luego, a Álvaro Fernando y a Ilka Pacheco, que este texto está dedicado con muchísimo cariño.

OTRO TIPO DE HUESO

Lizeth León Borja

*Me parezco al que llevaba el ladrillo
consigo para mostrar al mundo
cómo era su casa.*

Bertolt Brecht

HAY UN MOMENTO DEL DÍA EN QUE TODO BOGOTANO mira a los cerros para saber si va a llover. Y un momento en su infancia en que aprende de los cerros las claves de su orientación. Los bogotanos consultamos los cerros del mismo modo en que los antiguos miraban al cielo para saber la hora, los días de siembra o sentenciar la fatalidad. Nos obsesiona tanto el paisaje que todo es prescindible, salvo los cerros. Basta no verlos para saberse lejos de la propia ciudad —es decir, *desorientado*—. Los cerros son de un verde más o menos uniforme: oscurísimo, cercano al azul noche, tanto que cuando termina el día se imponen frente al cielo como una muralla todavía más oscura. Con ellos como telón de fondo, las casas y los edificios bogotanos parecen

brillar: a veces rojos, naranjas, terracotas; a veces ocres o dorados como el sol. De oro es el polvo que cubría la desnudez del zipa Tisquesusa, regente de la entonces Bacatá. Cuando las montañas de Bacatá se rajan lo suficiente, se descubre una piedra lisa y amarilla que quisiera ser de oro y que en otras ciudades llaman piedra bogotana. Y cuando llueve —que es casi siempre— y la montaña afloja, los caminos que aún no han sido domados se convierten en un barrizal rojizo, como si los cerros sangraran.

En Bogotá nos obsesiona el paisaje como algo invariable, una certeza. Y cuando digo paisaje me refiero exactamente a eso que permanece en la memoria del turista: la pieza recortada de dos montes tutelares —con su iglesia y su virgen de vigías—; el cielo, a menudo gris o caprichosamente azul y brillante, y el relieve de edificios terracota —en la pieza recortada: el Planetario, la Plaza de Toros, las Torres del Parque—; una postal impasible que en el reverso tendría algún eslogan alusivo a la altura y a nuestra ubicación privilegiada en la autopista del cosmos, rumbo a las estrellas. Al bogotano común le obsesiona *ese* paisaje: es justo lo que deja a sus espaldas cuando se va y lo primero que ve cuando regresa desde la autopista del cosmos. Aunque las postales son para los turistas, nosotros usamos el paisaje de los cerros para invocar algún tipo

de identidad —lo que sea que eso signifique en una ciudad donde todos somos un poco foráneos—. A propósito de nuestra crisis de reconocimiento, el arquitecto Gonzalo Navarro Sandino escribió en la revista *Terracota* una anécdota aleccionadora: “En alguna ocasión estando fuera del país conocí a un personaje, que al establecer conversación al respecto de los países de América me hizo alusión sobre su paso por una ciudad de cuyo nombre no recordaba pero tenía presente su colorido terracota claro y el contraste con el verde de sus montañas y el azul de su cielo. Intrigado busqué en mi memoria recuerdos de esta ciudad sin poder identificarla. Varios años después leyendo un artículo encontré esta misma descripción y el nombre de la ciudad: BOGOTÁ. Inmediatamente mi reflexión me condujo a la importancia de realizar un reconocimiento al material que identificaba la ciudad, que tan grabado quedaba en la mente de los visitantes y que poco era reconocido en su dimensión por sus propios habitantes”. Si el paisaje es una clave de reconocimiento, para Navarro el ladrillo es santo y seña. La lección parece justa pero es superficial: es verdad que en *ese* paisaje el ladrillo es solo un elemento de la composición; no es así para quienes crecimos en San Cristóbal, en la ladera sur de los Cerros Orientales. Permítanme explicarme: no es que seamos ajenos a *ese* paisaje. También me reconozco en el tipo de bogotana que mira con frecuencia a los

cerros como quien eleva sus plegarias a La Meca. Pero, para quienes crecimos en San Cristóbal, el ladrillo acapara la memoria de la forma inconsciente en que se instalan el deseo y el trauma. No hablo de paisaje sino de geografía.

Recuerdo los caminos de mi infancia cercados por muros de ladrillos desiguales, peligrosamente inclinados. Detrás de los muros, el enigma. También una que otra reja, cadenas, candados grandes, pequeñas torres de un ladrillo envejecido con puertas de latón, en cuyas rendijas se colaba solo oscuridad. Dentro de la ciudadela amurallada que apenas si podía imaginar, se imponían cuatro o cinco torres altísimas de ladrillo negro que humeaban noche y día. La réplica de Mordor quedaba en Bogotá, entre los barrios Buenos Aires y Las Brisas, y era el último rastro de una fotografía común de San Cristóbal durante la primera mitad del *siglo XX*: la de un complejo de ladrilleras y chircales.

Casi todos los caminos de mi infancia eran senderos destapados, tan primitivos que no conocían el asfalto y estaban a la vez desprovistos de cualquier rastro vegetal. No eran planos ni regulares, sino pendientes pronunciadas y cráteres, como bocas de una tierra hambrienta.

Loma, barranco, hueco.
Greda, ladrillo, escombros.

En los días secos, los caminos de mi infancia eran polvorientos, un desierto de arena y ladrillo molido. El resto de los días, en Bogotá llovía a cántaros y los caminos de mi infancia se hacían lodazal. Cuando el agua removía el barro más superficial, se veían incrustaciones de gres vitrificada, filosas y de iridiscencia oscura como piedra obsidiana.

Mi padre tenía una frase para cada momento del camino: si se bajaba la pendiente rota para ir al centro, “íbamos rumbo a la civilización”. Y al volver del mundo civilizado, a mitad de la pendiente primitiva, “¡vamos subiendo la cuesta, que arriba mi calle se vistió de fiesta!”. Esa idea de que la civilización estaba del otro lado no era precisamente una *circunstancia*. Las fotografías de San Cristóbal durante el *siglo XX* replican los caminos de mi infancia: primer plano, arenilla; plano central, una cadena de pequeños montes de lodo, a veces una vía rota; en la cima, la silueta lánguida de algunos eucaliptos. Hay algo ambiguo en ellas: pueden ser igual evidencia del abandono constante o de la continua construcción. En las notas de prensa acompañan titulares dramáticos: “Barrio viejo, sin agua y... sin escuelas”, “El Sur de Bogotá: 200.000 habitantes sin esperanza”, “Más de media ciudad que carece de todo”. En los libros de historia y arquitectura, en cambio, preceden topónimos y descripciones escuetas de un momento concreto del pasado: “Tranvía

de San Cristóbal, arrastrado por dos caballos como fuerza animal, por las ladrilleras del piedemonte del cerro. Bogotá, 1913”. “Antigua vía a Villavicencio (Barrio San Cristóbal Sur) Bogotá, 1960”.

En mi infancia, el mundo era, de algún modo, de ladrillo. La fe era de arcilla porque de arcilla era el hombre que Dios había creado, el colegio de monjas donde estudiaba, la iglesia del colegio, del barrio, la parroquia entera. El pasado era de ladrillo porque de ladrillo es mi casa —todas las casas viejas—, el cascarón del lote abandonado de la esquina, el muro a punto de caer. El miedo era de gres porque de gres roja es el castillo de gárgolas y leones a la vuelta del colegio. Sé que la gres es fría y dura porque, a mis tres años, un niño del jardín me lanzó contra una cubierta violeta de arcilla vitrificada. Conozco el dolor de ese golpe, las marcas que deja. La arcilla y el ladrillo son, en los caminos de mi infancia, como la escenografía de los sueños: elementos puestos allí de una forma previa a la conciencia, trastocados, confusos. Su interpretación reclama esfuerzo. Ignoraba que la ciudadela amurallada con sus torres de Mordor era Ladrillos, Tejas y Pisos Moore o que la cubierta violeta —dispuesta para el golpe— era tubería de gres vitrificada. Si el paisaje es una clave de reconocimiento, para mí el ladrillo es acertijo.

**

Cuando los españoles llegaron a Bacatá, el piedemonte de los Cerros Orientales era una espesa capa arcillosa cubierta por un fino manto vegetal. Germán Mejía Pavony lo describe como un terreno fértil para los bosquecillos de chilco, “arbusto delgado de no más de 2,5 metros de altura pero con gran poder calorífero”. El chilco (*Baccharis latifolia*) es una planta paramuna común en Suramérica. Tiene hojas elípticas, punteadas, y botones de flores blancas, como las de un sauco dotado de carácter: hay algo en ellas contrario a la fragilidad. Quizás sea su naturaleza ruderal: prospera en terrenos pobres que han sido transformados por la acción humana. Ruderal viene del latín *runderis*: ‘escombro’. Con el chilco, los indígenas curaban fracturas y contusiones; fisuras y grietas como las que anteceden a la ruina. Los nuevos hijos de Bacatá, en cambio, lo transformaban en carbón para cocinar ladrillo: otro tipo de hueso. Blanca como un hueso es la arcilla pura que, bajo el fuego que procura el chilco, toma un color rosa tímido y una consistencia todavía débil para llamarse ladrillo a cabalidad. Aun así, en la ciudad de los cerros, el chilco —o chirco— nombra al ladrillo más que a la planta. En los *Apuntes lexicográficos sobre la industria del ladrillo en Bogotá*, “Cuervo registra para Bogotá *chircal*

como ‘tejar’, y *chircaleño* como ‘tejero’”. Para el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua, *chircal* vale como ‘tejar’ únicamente en Colombia. En Argentina, Bolivia, Ecuador, México, Paraguay y Uruguay —donde también crece chirco—, el chirco es un “terreno poblado de chircas”: una especie diferente, la *Thevetia peruviana*.

Aunque el chirco es una planta paramuna común en Suramérica, solo en Colombia —y en Bogotá— deviene el mundo. En el imaginario bogotano del *sígl*o XIX, el chirco es el lugar de la frontera: confín de la ciudad y periferia empobrecida. En San Cristóbal nombra el origen, pues del chirco nace la industria del ladrillo. Hubo un momento, incluso, en que chirco pudo ser su topónimo. Para Pedro Pablo Poveda, chircalero de San Cristóbal, chirco es el dominio primario de la naturaleza que deriva artesanía. “Se le decían chircales porque trabajaba uno con las manos; nada de maquinaria, nada de eso, sino con los animales, con el caballo... primero con los bueyes, después ya fue cuando se inventaron el molino y comenzaron a utilizar el caballo, el burro o el macho romo, una mula, lo que sea... cabalgar”. En *Chircas*, documental de 1972 de Marta Rodríguez y Jorge Silva, el chircalero es el obrero desgraciado plegado al lenguaje de la explotación. Para el arquitecto Rubén Hernández, la de *Chircas* es una mirada triste, incompleta.

“También hay chircaleros orgullosos de hacer ladrillo. Para ellos es un honor, no una desgracia”.

Pienso en el chircalero como alquimista, el artesano que domina las leyes de la transmutación universal: capaz de transformar el escombros en ladrillo, de crear el hueso y también su fisura, de rebelarse a la desgracia con el dominio virtuoso de la naturaleza.

“El ladrillo había dos maneras de hacerlo”, dice Poveda. Dicta el conjuro, dibuja en el aire: “Se hacía un pozo redondo de unos 70 centímetros de fondo, que se llenaba de tierra para hacer ladrillo y se rebosaba de agua. A las 2 de la mañana se metían los bueyes, una yunta de bueyes, y se ponían a darle vuelta al pozo, pisándolo. Por allá a las 8 o 9 de la mañana ya estaba el barro bueno para hacer el ladrillo, y ya se metía uno al pozo a sacar el barro para llevárselo a las corteras. *Se llamaban corteras*. Uno llevaba la carretillada de barro y ellas comenzaban a cortar allá en el patio. *Se llama patio*. La otra manera es con el caballo. Se le echaba el barro al tambor y aquí [cierra las manos] tenía una boquita con dos platinas en el mallar, *se llama mallar*. Y él iba girando [mueve los dedos] porque el caballo iba dando vueltas. Luego viene la pateada, *se llamaba la pateada*. Se dejaba el ladrillo recostado sobre el piso, tres, cuatro, cinco días, dependiendo del clima. Y comenzaba uno a levantarlo.

Tocaba rasparle las *viras* que le quedaban y luego a la pila; se encarraba y se dejaba para secar. Cuando había afán de que el ladrillo secara, entonces se encarraba *casiladamente*, es decir, de medio lado; que quedaran huequitos así [las manos separadas], para que el viento entrara y secara el ladrillo. Cuando no, entonces lo encarraba uno pegado, todo pegado. Entonces ya se echaba el ladrillo al horno, con tres *viadas* de carbón mineral y, como le digo, con sus *tirajes*, sus *buitrones*. Se tapaba arriba con *medios* y se prendía, y ahí esperar que ascendiera el fuego, pero uno le iba ayudando con la alimentación en los buitrones. Entonces él iba halando, iba halando [las manos danzan hacia arriba], porque, como le dije, anteriormente se levantaban los *parales*, los *puentes* y la otra... es que no me acuerdo *cómo se llama*, anoche estuve echándole cabeza y no me acuerdo. Son dos ladrillos así parados y un ladrillo acostado [hace una T con las manos], y se llena todo eso de carbón y luego se llenan las dagas de carbón, *se llamaban dagas*, para que vaya quemando, para que vaya cocinando el ladrillo. Eso duraba treinta horas y nosotros ahí felices, porque después de que se apagaba el horno cogíamos plátanos hartones, yuca o papas de las mismas que daba la finca, las metíamos ahí en la tierra que estaba caliente [extiende las manos], que estaba tapando el fuego y todo eso, y se asaban esas papas

rico... Eso era coma y a trabajar, coma papas, yuca y guarapo, y a trabajar”. Poveda nombra el mundo que domina y dibuja para mí sus contradicciones.

**

No sé bien por qué —de tantas casas de paso en el centro de Bogotá— Carlos F. León, mi abuelo, eligió en definitiva aquella de ladrillo de la carrera Tercera con avenida Primera, justo donde entonces y ahora comienza *el sur*.

Lo hizo en 1949, un año que también es frontera: recién había sido asesinado el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, hecho que marca la grieta fundacional de la nueva Bogotá. El 9 de abril de 1948 nace un mito verdaderamente propio y manipulable —moldeable como arcilla—, con una épica que supera en mucho al relato plano de las doce chozas de 1538. Es difícil imaginar Bogotá después del Bogotazo: puede que fuera escombros o *tabula rasa*.

Comencemos por los datos ciertos: en septiembre de 1949, Carlos F. León, mi abuelo, llegó junto a sus tres hijos (Lilia, Carlos, Isabel), su hermana Helena y su sobrina Delisa a una casa de ladrillo en la carrera Tercera con avenida Primera, justo donde entonces y ahora comienza el sur. Según escritura pública, pagó \$ 3.411 a Pedro Pablo Morales Puentes

por un lote de 212 metros cuadrados que incluía una casa de dos plantas, patio y solar. Puedo, sin mucho esfuerzo, imaginar la casa: en estructura, la misma de hoy, pero con el brillo verdadero de su materialidad original: la fachada sin pintura, el ladrillo terracota a la vista; el zaguán oscuro con el piso de baldosas verde y carmín y flores de pétalos hexagonales; puertas y ventanas de madera oscura —a veces parda, a veces roja—, sin más artificio que un barniz natural; las paredes blancas, el piso de madera, la escalera torneada con su ventanal gigante en medio. Y luego, más allá del comedor y la cocina, un patio abierto: el lavadero en piedra, el cuarto de servicio como una pequeña casa, el solar con un tapete de llanto de bebé, y al fondo, como tótem, un breve que desde entonces ya era grande y voluntarioso.

Intento cercar la apuesta de mi abuelo: un campesino que caminó desde un sendero de sauces en el municipio de Cota hasta la frontera norte de Bogotá, que, atravesando la ciudad, se hizo tipógrafo, líder anarquista, periodista, concejal y padre soltero de tres —en ese orden—, y que en la postrimería temprana de su vida plantó bandera hacia los cerros, allí donde entonces y ahora comienza el sur de Bogotá. Aunque la casa existe para el registro público desde febrero de 1944, un acercamiento al “camino de San Cristóbal” del plano de Bogotá de 1938 deja ver en ese

punto, llamado Buenos Aires, lo que podría ser la silueta de la construcción. Trato de imaginar el territorio circundante, pero entre los variados registros e imágenes de la primera mitad del *siglo XX* no encuentro un relato común. O quizás sí, el de la transición: del paisaje rural al industrial, del camino bucólico a la periferia empobrecida, del chircaleño artesano al obrero del ladrillo, del horizonte del progreso al descalabro.

No fueron pocos quienes, desde finales del *siglo XIX*, pretendieron San Cristóbal como un espejismo del Nuevo Mundo: tanto por la promesa de sus canteras y montes ricos en arcillas y materiales de construcción como por sus grandes cuerpos de agua cristalina y variedad de paisajes donde descansar la mirada. El entorno bucólico le confería cierto aire romántico a lo que los hombres del progreso veían como una mina; varios de esos hombres vinieron desde Europa persiguiendo el encanto. Para 1926, el bogotano de ascendencia inglesa Plantagenet Moore no solo había fundado la primera fábrica de tubos de gres vitrificada del país en el barrio Las Cruces, sino que también había ampliado sus linderos hasta el Buenos Aires, donde estableció Ladrillos, Tejas y Pisos Moore —la segunda ladrillera con hornos tipo Hoffman, que dejaban atrás el carbón del chirco—. Lo propio hicieron los italianos

Gaetano Di Terlizzi y Guido de Luca, con Ladrillos SAIL, en el barrio 20 de Julio.

Un óleo de Ricardo Borrero, de 1935, sigue mostrando San Cristóbal como el paraíso tranquilo de colinas verdes y atardeceres rosa. Cuatro años antes, el alcalde de Bogotá rendía informe ante el Concejo Municipal sobre las labores de la Junta de Habitaciones para Obreros, en el que San Cristóbal se dibuja como un terreno difícil y arcilloso. Sobre la adquisición de la quinta La María, en el corazón del San Cristóbal, opina que es “inconveniente a todas luces” por ser un terreno “quebrado”, y sobre el Buenos Aires agrega: “Este barrio, edificado por la casa Ulen & Company, consta en la actualidad de 28 casas, pues aun cuando el número de ellas era de 30, dos se derruyeron a consecuencia de deslizamientos del terreno”. El alcalde detalla los gastos tras los daños y cierra con una sentencia literalmente demoleadora: “Las pésimas condiciones del terreno hacen que en este barrio no se puedan construir más casas”.

San Cristóbal era un puente, un paso, por eso toma para sí el nombre del santo de los viajeros. Me pregunto por qué Carlos F. León, mi abuelo caminante, eligió el tránsito como destino. Tal vez lo hizo movido por la idea de emprender Terranova, su depósito de carbón, o por la cercanía del Buenos Aires con la sede de La Casa del Pueblo,

en el barrio Las Cruces, desde donde dirigía *Pensamiento y Voluntad*, *Adelante*, *Voz Popular* y otros periódicos que sentaron las bases de la prensa anarquista en Colombia. O por la posibilidad del espejismo, la maleabilidad de la arcilla. O porque, simplemente, un anarquista debía vivir del lado de los suyos.

**

Cuando el padre José María Campoamor bendijo el primer adobe del barrio San Francisco Javier, en el valle de los caminos de San Cristóbal, debió sentirse el Dios alfarero del Jardín del Edén: también del barro, también al oriente, también cerca de un río que regaba el jardín —el Fucha—. El Edén de San Francisco Javier era una ciudadela amurallada con adobe y tapia pisada y una verja en forja a la entrada. Tenía dos pilas de agua, imprenta —con sus periódicos diario y semanal—, carbonera, chircal propio, zona de lavaderos, baños públicos, botica, tienda, casa matrimonial, caja de ahorros, estanque para baño, zonas de recreación, deporte y comparsa —era casi obligatorio ser actor o músico—, capilla, una granja agrícola para la enseñanza y el autoabastecimiento y ciento veinte casas construidas y habitadas en arriendo por familias pobres de la sociedad

del Círculo de Obreros, cuyo lema fue “Dios bendiga el honrado trabajo”. Los novios podían bailar —aunque sin tocarse—, profesar amor bajo estricta vigilancia y celebrar el matrimonio sin licor. “Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer”. El padre Campoamor modeló en arcilla un hombre nuevo —y una mujer hueso de sus huesos, como el ladrillo—.

Del otro lado del jardín, en el borde sur del río Fucha, Benjamín Gaitán Matiz y su hijo Pantaleón Gaitán Pérez fundaban la Ladrillera San Cristóbal. Julio Dávila describe a los Gaitán como “hombres que combinaban una habilidad para las letras y para la política” y —agregaría yo— las condiciones materiales suficientes para transformar la modesta profesión de sabio en la apuesta segura del hombre industrial. La consagración de la familia Gaitán vino luego con Jorge Gaitán Cortés, hijo de Pantaleón. Además de las habilidades familiares y las condiciones materiales, Gaitán Cortés vivió un traumatismo que moldeó lentamente su vocación de arquitecto y futuro alcalde de la ciudad. Después de pasar sus primeros años en Manhattan, en un apartamento “en el corazón de la ciudad más poblada del mundo”, los planes de su padre lo obligaron a vivir en Bogotá en una casona oscura del San Cristóbal, contigua

a la fábrica de ladrillos. Llegó con nueve años, huérfano de madre y de lengua. El inglés que con tanta soltura hablaba en el Holy Name School era inentendible para sus vecinos, que, más que el español, dominaban el idioma del chirco.

El primer adobe del Edén del padre Campoamor y el primer ladrillo de los Gaitán son, a su vez, la primera piedra del templo moderno de la parroquia de San Cristóbal. Un año antes de que iniciaran las obras de la nave intergaláctica, la *Revista Javeriana* publicó un artículo de Vicente Andrade Valderrama titulado “El extraño caso de Ladrillos Moore”. Se trata de un conflicto laboral que llama “extraño” porque no se resuelve en una huelga. “Lo que tiene de singular el caso de la Fábrica de Ladrillos Moore de Bogotá es que a pesar de haber decretado el cierre ilegalmente los empresarios, los trabajadores resolvieron ponerla a funcionar por su cuenta y llevan ya cinco meses de estar produciendo normalmente, proveyéndose de materia prima, pagando salarios, vendiendo el producto y consignando a favor de los propietarios una suma de alrededor de \$ 15.000.00 por mes”. El caso es tan *insólito*, “que la revista *TIME* envió a un cronista especial”. Pero lo extraño, singular e insólito para Andrade no parece ser el hecho de que los trabajadores continuaran sus labores en normalidad ni sus motivaciones más básicas de subsistencia ni la forma de defender su

derecho al trabajo y a la vida —“brillantemente” argumentado por “los eminentes abogados Bernardo Gaitán Mahecha y Álvaro Copete Lizarralde”—. Lo extraño, singular, insólito y, ahora, *una sorpresa*, es que la fábrica funcionara “sin gerente”, que los trabajadores asumieran “con éxito” las tareas administrativas, “sobre todo cuando se trata de obreros que no tienen ninguna cultura ni calificación”; algo posible por “el tipo mismo de actividad que por su naturaleza no tiene complicación”. El caso también es *extraordinario* en lo doctrinal —una forma del derecho apoyada en la filosofía social y la doctrina social católica— e *interesante* —y, otra vez, *insólito*—, porque estos trabajadores invocan el derecho a la vida “no en el caso típico individual del que en necesidad extrema toma lo necesario para sobrevivir”, sino en un sentido colectivo, es decir, es interesante e insólito que los trabajadores sepan tomar el control de los medios de producción movidos por valores naturales al obrerismo.

Más allá del asombro, la coyuntura de Ladrillos Moore es solo una capa de la lenta sedimentación de la primera piedra. Lo que inició con el padre Campoamor a principios del *siglo XX* es un punto suspensivo que se prolonga en el tiempo: desde el padre Juan del Rizzo, en el barrio 20 de Julio durante la década de los treinta, hasta el padre Luis Piñeros, que promueve la construcción de la nueva parroquia

de San Cristóbal, en 1964. Todos edifican un templo de ladrillo junto a una comunidad de artesanos y obreros de la arcilla, para quienes el obrerismo católico no es un corpus argumental —como el de Vicente Andrade— sino una práctica cotidiana. Por eso llama la atención que lo extraño, singular, etcétera, surja a la vez de lo que no tiene cultura, calificación ni complicación. En fin, que el asombro se liquide sin imaginación.

De niña veía la parroquia como una nave espacial: la torre era una antena de control y el templo, una caja de sucesivas parábolas. Vista desde afuera —patrones grises, bordes blancos y rojos—, nadie imaginaría que está hecha de ladrillo. Adentro, en cambio, es un mosaico de arcillas pardas. Vista desde el aire —como logro hacerlo con un video de YouTube—, parece el guardabrazo de la armadura de un caballero medieval: el techo de la nave y de las sucesivas parábolas es plateado y brilla con el sol. Leo en la página web de la parroquia lo que podría ser su colofón: “El templo plasma la identidad obrera, refleja la labor de las grandes ladrilleras reconocidas en el sector y de una arquitectura contemporánea”. Durante cuatro años, obreros de los barrios aledaños —algunos de los mismos protagonistas del *extraño* caso— trabajaron en la edificación del templo de San Cristóbal proyectada por el arquitecto Jorge Gaitán

Cortés y el ingeniero calculista Guillermo González Zuleta. Los materiales se cocieron en la Ladrillera San Cristóbal, incluido un diseño exclusivo de los Gaitán, el ladrillo sombrero: una pieza cuadrada con un tronco de cono hueco, que sirve para la acústica de la iglesia a la vez que da forma a las parábolas. “Lograr que el ladrillo se vaya recostando, recostando, recostando hasta llegar en arco al otro lado... constructivamente es una cosa maravillosa”, dice el arquitecto Rubén Hernández. Lo demás es colectivismo obrero movido por la fe: las celosías con el Alfa y el Omega fueron hechas a mano, con moldes de hierro diseñados por los propios obreros. A la madrugada, las mujeres sacaban piedra del río para los fogones en los que preparaban la comida de los trabajadores. La propuesta despertó un entusiasmo solo comparable con el fervor que la comunidad profesaba por el padre Piñeros. “Acostumbrábamos a celebrar el santo del sacerdote el 21 de Junio, día de San Luis Gonzaga. Era una verdadera fiesta, pues se hacían desfiles desde cada barrio hasta la Iglesia para llevarle presentes al tan querido padre Piñeros, era una marcha de niños vestidos de campesinos, con canastos llenos de frutas, quesos y viandas para él y los camiones repletos de ladrillos, arena y materiales que se necesitaban para las construcciones; se llamaba ‘la marcha del ladrillo’”, escribe María Prieto en su diario de

memorias del barrio Buenos Aires. De los veintisiete sacerdotes que han pasado por el templo de San Cristóbal, desde 1905 hasta hoy —la mayoría por periodos de no más de cinco años—, el padre Piñeros fue el de la estancia más larga: dos décadas truncadas solo por la muerte.

La iglesia es, quizás, el último gran hito de San Cristóbal en el *siglo xx* y, como toda apuesta hecha sobre sus montañas de arcilla, tiene la vocación del derrumbe: la obra, el precursor y su arquitecto comparten el mismo destino inconcluso. En agosto de 1968 se inauguró la obra, que no logró completarse como se pensó —de siete arcos, solo se edificaron cuatro—. Pero el verdadero golpe moral vino al mes siguiente: tanto el padre Piñeros como el arquitecto Jorge Gaitán Cortés murieron abruptamente en hechos que parecen una conspiración. Se dice que el padre Piñeros tenía un tumor en la cabeza que lo obligaba a viajar cada año a Boston para recibir tratamiento. Lo hizo sagradamente, salvo el año en que bendijo la obra que se inauguró incompleta: mientras veía un partido de fútbol, a pleno sol, un balonazo fulminante le pegó en la cabeza. “Ahí quedó el entusiasmo y todas las ilusiones de realizar grandes obras con él”. La muerte de Gaitán no es menos absurda: subió al tejado del periódico *El Tiempo* —del que era gerente— para tomar una medida y pisó por error una teja plástica.

Se vino abajo ocho metros y cayó sobre los rollos de papel periódico. Apenas el día anterior, en un accidente similar, un obrero solo se había fracturado un tobillo. Gaitán no corrió con la misma suerte: cayó de costado. El impacto sobre el abdomen fue definitivo.

**

Rubén Hernández creció en el Edén de los barrios obreros de San Cristóbal. Es nieto de un español, hijo de una artesana de la sastrería —especialista en uniformes militares y de la curia— y hermano de otros seis Hernández Molina, la rama quebrada de su abolengo. “Mi mamá se mete con un trigueño y para mi abuelo eso fue como si hubiera traicionado su madre patria española”. Aunque hay casi tres décadas de diferencia entre los dos, Rubén y yo nos parecemos: crecimos en San Cristóbal, somos hijos de artesanos, estudiamos con los salesianos y las lauritas —nuestras maestras fueron las hermanas María y Romelia, educadoras de por lo menos cuatro generaciones—. Sus caminos de infancia fueron, como los míos, pendientes movedizas de greda y barro crudo. El ladrillo para él también es acertijo.

Antes coleccionaba adobes: de treinta, de cincuenta centímetros, de todos los tamaños; adobes gigantes de fibras

vegetales; de Boyacá, de tierra fría, de casas de Villa Javier. “La casa se me llenó de cajas llenas de adobe, pensando que algún día iba a tener un museo donde mostrarlos”. A la *casa tomada* nunca se siguió un museo diferente al del hastío, y las piezas de colección, ahora desbordadas, se hicieron estorbo. “Entonces me pasé al ladrillo”.

—Una escala más llevadera.

—Y que se parte menos fácil.

Dice que tuvo una fiebre por el ladrillo hace unos veinte años, que la abandonó —o incluyó en su museo del hastío— para investigar otros temas, y que la retomó hace cinco años como una idea más seria. También en esto el ladrillo es más resistente que el adobe. Aunque arquitecto, observa el ladrillo con ojos de arqueólogo. Más que cifras, le interesan las formas, los tamaños, qué edificios usaron esos ladrillos, cómo llegaron desde las ladrilleras de San Cristóbal hasta allí. En las demoliciones, opera como forense. Levanta evidencia, clasifica, cataloga. *El ladrillo es otro tipo de hueso*. A partir de sellos y señas particulares, pasa revista a los registros hasta dar con la pieza faltante: “ladrillo Moore, ladrillo SAIL, ladrillo El Ancla, ladrillo Ricardo Calvo, ladrillo San Ignacio... esa no la tengo registrada”.

—Empiezo a descubrir que lo que sale en los directorios y las cifras de los investigadores y los libros es una cosa,

pero otra es meterse acá al sector. Tú encuentras ladrillos como los bluyines Levi's. Está el Levi's original, pero detrás están cincuenta manes que te hacen el Levi's igual, pero no le ponen la marquilla porque los meten a la cárcel; o hay quien se atreve a ponerle la marquilla pero no es la misma calidad; o hay quien dice, orgullosamente: "No, señor, este ladrillo es marca Hernández", y lo pone.

Había cochadas dañadas de ladrillos buenos, que se vendían más baratos y sin sello; ladrillos regulares y sin sello, que se vendían muy baratos, y ladrilleros dispuestos a cubrir, a propósito, todas las líneas de mercado: fino, con sello y caro; bueno, sin sello y menos caro; no tan bueno, sin sello y muy barato. También ladrilleros decididamente anónimos: sabían que su ladrillo era malo o querían evadir impuestos. "Y otros, simplemente, no tenían la plata para mandar a hacer los sellos. Entonces, les interesaba hacer el ladrillo, como el adobe, y venderlo o pagarle con eso al propietario del lote para que lo dejara vivir con su familia".

Aunque arquitecto, Rubén mira el ladrillo como genetista.

—Cuando usted empieza a buscar las marcas del ladrillo y tiene memoria visual, o tiene las pruebas o tiene las fotos o tiene la muestra, empieza a reconocer los hermanos de ese ladrillo, a pesar de que los colores de las cochadas son diferentes.

Como pasa en las familias de abolengo, con los ladrillos *de apellido* se hace fácil. “Los hornos industriales y las ladrilleras finas industrializadas trataban siempre de estandarizar y de sacar un ladrillo de alta calidad. Eso hace que tú identifiques el ladrillo, que puedas decir: este como que es ladrillo Calvo”. Incluso los hijos bastardos de las ladrilleras finas son reconocibles para el ojo entrenado. “La mina es una sola. Si técnicamente las arcillas se metieran a un horno a la misma temperatura, bajo las mismas condiciones, darían más o menos los mismos colores”. Y si acaso la cochada saliera defectuosa por variaciones en la temperatura, los moldes y las gabelas funcionan como un mapa de ADN.

—Cosa difícilísima de identificar: el ladrillero artesano, común y corriente, el que hace ladrillo para comer. Ese sí es berraquísimo.

El ladrillo común es hijo legítimo del azar. El ladrillero artesanal no tenía cómo saber si su cochada estaba a mil o tres mil grados. El ladrillo común es hijo legítimo de la urgencia. Mientras el ladrillero industrial dejaba su cochada treinta días en el horno, al artesanal lo afanaba el hambre el día veinte. El ladrillo común es hijo prematuro de la tierra. A pesar de que las minas sean cercanas, el color y la dureza cambian: dado a luz antes de tiempo, el ladrillo artesanal es débil y claro, sin carácter. Cuando en las

demoliciones encuentra ladrillos burdos, desportillados, con rebabas, granulosos, Rubén escribe en su registro “ladrillo de artesano pobre”.

Aunque arquitecto, Rubén atesora el ladrillo como coleccionista de arte.

Descubrió que de una serie de cuarenta, sesenta, cien mil ladrillos finos, no todos se marcaban —solo la Ladrillera Santa Fe logró marcar cochadas enteras—. El ladrillo marcado es de colección, como las obras de arte seriadas, firmadas y numeradas. “Cada pieza es a cien mil pesos y es así porque alguien sabe de ladrillo y sabe lo que me está vendiendo y yo también sé, a pesar de que tú puedes ir a un sitio y puedes encontrar el mismo ladrillo tirado”. Imagino, ahora, un mercado de traficantes de ladrillo.

Aunque arquitecto, Rubén lee el ladrillo como semiólogo.

Ha encontrado huellas de perro y pies de niño en ladrillos de chircal. Ladrillos con marcas de hilo, marcas de tornillo, símbolos, iniciales, a veces teléfonos. Si lleva teléfono, es de los años sesenta y setenta; si el teléfono es de cuatro números, es de los sesenta y más reciente si es de cinco o seis. Ladrillos con flores, como los de Ladrillera Calvo; ladrillos con frutas, ramos de uvas, ramos de flores. Ladrillos redondos, como panelas, aunque muy escasos. Los redondos son para columnas, como las del Cementerio Central.

Ladrillo ornamental, ladrillo de alfajía, ladrillo de cornisa de coro, “ese ya es del periodo republicano”. Ladrillos espaciados, calados de ladrillo a modo de colofón: “para que el peatón pudiera ver desde afuera la fecha de terminación de la obra”. Ladrillos únicos, tipo sombrero, como el de la parroquia de San Cristóbal. Sellos, formas, marcas, al menos sesenta diferentes, que va coleccionando como láminas del álbum del mundial.

—Yo no las tengo todas, tengo como treinta en un catálogo que estoy intentando hacer, pero de malas fotos.

Aunque arquitecto, Rubén estudia el ladrillo como alquimista.

—La mina es una sola, las variaciones están en que los fabricantes de ladrillo echaban cales, o no le echaban, o lo buscaban quemar un poquito más, que quedara más anaranjadito. Entonces hacían pequeños trucos. Los ladrillos vitrificados tienen la misma composición, solo que le agregaban un componente para que quemara más. Lo vitrificaban por temas de higienismo, de porosidad, para que no se pasara la humedad. Lo que le da ese color es todo: la temperatura en que lo meto al horno, la arcilla, más ese otro componente. Entonces, si lo meto poquito, queda más claro; entre más lo meta, más se derrite eso. Con las grandes temperaturas, ellos le echaban sal, incluso hay unos que

experimentaban y le echaban sal vigua o sal de la mina de Zipaquirá. Entonces, con base en esos ladrillos, con base en esas ideas, y mirando ejemplos árabes y mozárabes que manejaban el ladrillo, Rogelio Salmona también diseña ladrillos y hace ladrillos basados en ese pasado.

En Bogotá hay ladrillos de San Cristóbal hechos a la medida de Salmona. “Llegó a darse el lujo de decir ‘quiero que me saquen ladrillo terracota’, como un artista”. Los fabricantes respondían con alquimia.

—Lo meto a dos mil grados, lo meto a mil, lo meto a ochocientos, o le echo tierras minerales, o traigo arcilla de Tunjuelito con arcilla de Usme con la de San Cristóbal y las mezclo, y voy buscando. Y Salmona, “no, lo quiero más clarito” o “lo quiero más anaranjado, como las Torres del Parque”.

Rubén, el arquitecto, mira el ladrillo como piedra angular.

Le pregunto por los ladrillos de “mi casa de infancia”. Es una etiqueta que elijo al vuelo mientras resuelvo lo que todavía no sé nombrar. Hasta hace unas semanas era “la casa de mi papá”. No lo es más desde que murió. Ahora es toda mía, aunque ya no viva en ella.

Revisa una foto en Google Maps pero no se atreve a dar un veredicto. “Tendría que verla”. Y la ve, de pasada, cuando me recoge en taxi para llevarme por el antiguo camino de San Cristóbal, domesticado por el asfalto y el concreto. La

ruta, del barrio La Roca hasta la Y, es más o menos igual: vías pavimentadas, interrumpidas a veces por alguna obra —abiertas, como cuerpo en el quirófano, siguen mostrando en el fondo lodo amarillo y naranja—, y una extensa muralla de ladrillos que cerca lotes baldíos. Cada tanto, la muralla es convención de figuras ahora desplazadas —como en la escenografía de los sueños—: la ladrillera parqueadero, colegio, conjunto cerrado; el chircal bomba de Terpel; el horno depósito de materiales. Terminamos la ruta en una panadería del barrio Santa Ana, donde Rubén habla del ladrillo en todos los lenguajes que conoce. Antes de despedirnos, insisto en preguntar por “mi casa”, pero sigue sin ver lo suficiente.

**

Conservo en mi teléfono un par de fotos de mayo de 2015, que muestran la ruina de Ladrillos, Tejas y Pisos Moore, la segunda ladrillera industrial que existió en Bogotá —y en el país— y la última desaparecida en San Cristóbal. Aunque tuvo varias sedes, la del barrio Las Brisas, contiguo al Buenos Aires, también fue la última de entre las últimas. Por entonces escribía y dibujaba un libro sobre las fachadas de Bogotá y me parecía elocuente el ritual de recoger

los pasos para resolver el enigma. La muralla de ladrillos a punto de caer —la frontera entre la réplica de Mordor y los caminos de mi infancia— nunca se cayó, o al menos no de forma espontánea. Con la demolición, instalaron en su lugar una alambrada que dejaba al descubierto la extensa pendiente de arcilla donde se cocieron por ochenta años innumerables piezas que forman la gran ciudad. Pienso en el crematorio. Leo en Wikipedia que “el ladrillo es la versión irreversible del adobe”. También hay algo de irreversible en el ejercicio de su *reconocimiento*, pues la marca se hace visible únicamente en las demoliciones.

Solo se ve el hueso vivo cuando ha sido separado de la carne.

Antes de volar a Popayán —la ciudad blanca de la cal, donde ahora vivo—, me acuerdo de tomar fotos de algunos ladrillos con marcas que encontré en una cerca del solar de mi otra casa —mi casa desplazada— en Bogotá. No ha pasado un mes desde que dejé las cenizas de mi padre en el brevo, que ahora se llena de copetones. En la huerta hay girasoles florecidos. Tomo la foto de un ladrillo incompleto, pero visiblemente marcado, y se la envió a Rubén por WhatsApp solo después de dejar atrás la figura recortada de los cerros, con su cielo recientemente azul y el desfile de edificios terracota.

Le pregunto *qué ve*, como si fuera quiromante y no arquitecto. Quiero saber las claves de mi destino signadas en lo que me parece una “e” o un ancla.

Responde corto.

—Tiene el tornillo pero no la marca. No importa, gracias.

CRÓNICA ROJA DE USAQUÉN

Juan Nicolás Donoso

*En medio de la inseguridad
y la anarquía de los tiempos,
las aldeas se multiplicaron mientras
decaían las villae como unidades
organizadas de producción.*

Perry Anderson,
Transiciones de la Antigüedad al feudalismo

DICEN QUE EN LOS 30, UN AGRICULTOR DE NOMBRE José Arcadio cultivaba unos lotes junto a lo que hoy es el Gimnasio Campestre, en la calle 165. El agricultor vivía en una casa de bareque. En ese tiempo, todo eso eran potreros y viento, la tierra no tenía nombre y las nubes formaban remolinos del tamaño del cielo. Las construcciones más cercanas eran el seminario de los salesianos y Villa Servitá —de monseñor De Brigard—, las dos en la actual 170 con Séptima, entonces Carretera Central del Norte; después, la villa de don Gerardo Beltz y la Hacienda El Cedro, la

primera en la 161, la segunda en la 150. Lo siguiente era la Hacienda Contador, propiedad de las familias Samper Brush y Boshell Brush, en la entonces inexistente 134, por donde también pasaba el cable aéreo que traía el cemento desde la fábrica Cementos Samper, en La Siberia.

Antes de morir, el dueño de los terrenos le dio a José Arcadio un lote como parte de pago, pero José Arcadio siguió viviendo en la casa de bareque hasta 1947, cuando su hija Ana se casó con un albañil de nombre Pedro, de quien solo se sabía que venía de Sopó y que era huérfano de padre. Pedro le compró el lote a su suegro y, al ser albañil, él mismo construyó su casa. Pedro y Ana tuvieron una niña y tres varones. El segundo de los niños, a quien bautizaron Jorge, es mi padre.

Lo mismo sucedió en los Cerros Orientales, en los 30, cuando a lo que hoy es Soratama, entre las calles 165 y 170, llegaron las primeras empresas mineras y, por lo tanto, aparecieron los loteos y las primeras casas en la falda de la montaña. Desde entonces, Soratama fue el sector de donde salía la fuerza de trabajo que jornaleaba en las canteras.

En 1958, mi abuela Isaura, mi madre, las tías que ya habían nacido y Encarnación —quien años después sería mi nana— llegaron al sector de San Juan Bosco, recién fundado por los salesianos en lo que hoy es la 163 con Octava.

Llegaron desde Tunjuelito, donde solo estaban de paso, pues en realidad venían huyendo de la violencia bipartidista que castigaba al Tolima.

Esa misma historia, pero con otras familias y otros nombres, es la historia sobre cómo, a partir de los 30, se empezó a poblar lo que hoy es San Cristóbal Norte.

Sin embargo, en 1958, cuando llegó mi madre, el sector de San Juan Bosco era la única manzana que tenía cara de barrio; el resto eran casas separadas por varios lotes, la mayoría de ellas hasta hacía muy poco alumbradas con luz de vela y sin agua. Ese era el caso de mi padre, que vivía en la 165, en la casa que, veinte años antes, había construido mi abuelo. “Hasta el 56 nos tocaba bombear agua de unaljibe y entrar al baño en un pozo séptico, lo que mi mamá llamaba ‘baño de palo y máscara’: la máscara para cubrirse la cara y que nadie lo reconociera, y el palo para espantar a las moscas y los perros. La luz llegó en el 55, la primera vez que se prendió un bombillo en mi casa, nos tuvimos que tapar los ojos porque no estábamos acostumbrados”, recuerda mi padre.

Por los lados de 1961, en lo que hoy es la calle 164 con 8C, se inició la construcción del sector Alfonso Araújo, y San Cristóbal empezó a volverse un barrio. La construcción del Araújo se debió a los sacerdotes salesianos Wenceslao

Frydecký y Augusto Aimar. Los dos habían llegado al seminario de la 170 huyendo de la Segunda Guerra; Aimar desde la Italia de Mussolini, Frydecký desde la recién desaparecida Checoslovaquia, ocupada en esa época por los nazis. “Frydecký nos enseñó a organizarnos, a pensar como grupo, ayudó a formar la Junta de Acción Comunal y consiguió el terreno para construir el Araújo”, dice mi madre. Ella lo recuerda caminando con paso firme mientras su sotana, como una capa abierta, se ondeaba con el viento. “Cuando le preguntábamos por la Segunda Guerra, Frydecký solo decía: ‘He visto caer fuego del cielo’”.

Los salesianos también fundaron una cooperativa para que la gente comprara alimentos más baratos. A mi abuela materna la pusieron al frente. Años después, la Cooperativa pasó a manos de la Junta de Acción Comunal; mi abuela se la compró a la Junta y comenzó a pagarla a cuotas. Para los 80, ya la había pagado y, aunque entonces era una tienda más del barrio, la gente le seguía diciendo La Cooperativa.

“Así se hicieron muchos barrios de Bogotá”, dice mi padre, “toda la gente participa en la construcción de las casas. Digamos que voy a echar la plancha de mi casa, entonces invito a vecinos y amigos. En esos barrios muchos son albañiles, pero el que no sabe de la rusa hace la mezcla o carga el cemento. Nadie cobraba porque, así como hoy ayudabas

a echar la segunda plancha de un vecino, luego los vecinos te ayudarían a terminar tu casa. Eso sí, el dueño daba carne asada, papa y obviamente agria. Yo ayudé desde niño, tu abuelo me llevaba a plomiar ladrillo”. “Lo que los indígenas llaman La Minga”, concluye mi madre.

¿Qué carajos es “plomiar ladrillo”? , pregunto yo. Mi padre responde: “Supongamos que el camión que trae los ladrillos no llega hasta la entrada de la casa porque hay un andén o lo que sea, entonces tu madre se sube al camión y me tira un ladrillo, yo lo recibo pero no paro, como el ladrillo viene con una velocidad, uso esa inercia y te lo tiro a ti, tú se lo tiras al que sigue y así con todos los vecinos. A los niños y a los que no eran rusos les cortaban un pedazo de neumático y se los enrollaban en las manos, porque al que no está acostumbrado hasta le sangran las manos”.

Sin embargo, en 1961, el Araújo seguía siendo una isla rodeada de lotes y casas esparcidas. A la calle 165, donde vivía mi padre, sus amigos le decían Pueblo Solo. Barrancas, el sector que hoy abarca desde la 153 a la 161, era una fila de piqueteaderos sobre la Séptima, donde los cachacos iban a almorzar los fines de semana. Mi padre recuerda: “En algunos de esos piqueteaderos había una rocola, uno echaba una moneda en la ranura de la canción que quería escuchar y la canción sonaba, pero la rocola en realidad era una carcasa

hueca, solo que detrás había un niño sentado que veía en qué ranura había caído la moneda y ponía esa canción”.

Una tarde de 1965, mi madre, que entonces tenía catorce, andaba buscando una máquina de escribir para una tarea del colegio. La hermana de mi padre, con quien se hablaba de vez en cuando, le dijo que ella le prestaba la que tenían en casa. “Cuando llegamos con Cristina, tu padre estaba jugando fútbol frente a la casa, y cuando nos vio llegar, se entró y comenzó a coquetearme, pero a mí me caía mal porque era todo sobradito”. Dos años después, mi padre se le declaró a mi madre y, dos días después, mi madre aceptó. “Ella quería aceptar ahí mismo, pero en esa época las mujeres no podían decir que sí inmediatamente porque eso era mal visto”, asegura mi padre, y mi madre no lo contradice. Varios años más tarde, cuando —impresos en la impresora que teníamos— mis primeros cuentos empezaron a aparecer por la casa, mis padres recordaron aquella máquina, ataron cabos y decidieron que por eso yo había salido escritor.

En 1977, en la 164 con 8D, nací yo. Tres años y medio después, cuando nació mi hermano, vivíamos en la ciudadela Servitá. En el apartamento contiguo al de nosotros vivía mi primo; sin su ayuda no habría podido escribir mucho de lo que vendrá después. La ciudadela, una hilera de seis bloques de ladrillo que se extiende sobre la calle 165, empieza

media cuadra abajo de la Séptima y termina dos cuabras más abajo. La 165 muere en la Séptima, pero si continuara loma arriba, marcaría la frontera entre Soratama y lo que hoy es Tres Calaveras, el sector que, aferrado a las lomas de los Cerros Orientales, se encontraría bajo el gobierno de los Pascuales veinte años después.

A la pregunta de cuándo los cerros comienzan a parecerse a ese pesebre de ladrillo y polisombra que hoy va desde Barrancas hasta El Codito, mi padre responde: “Eso tuvo que ser en los 70. A los dieciséis años, eso es en 1967, yo subía a los cerros porque el tío Luis tenía un lavadero de arena en las canteras; la arena se explotaba allá y se vendía como arena de peña o se lavaba y se le extraían todas las piedritas y eso se llama arena lavada. En todo caso, su hijo Jairo, que tenía mi misma edad, le ayudaba manejando un tractor, uno de los grandes, porque podía levantar varios árboles. Un día, el tractor se le volcó y una de las llantas le aplastó la pierna, entonces nos tocó subir a todos los primos para ayudar a sacarlo. Por eso el primo Jairo cojea”. ¿Y cuántas casas había en esa época?, insisto. “Muy poquitas”, responde mi padre.

Antes de cumplir cinco años, nos fuimos a vivir ya no frente a una cantera, sino al interior de una, en la cementera de La Siberia, pero sobre eso ya escribí en mi novela

Siberia. De lo que no he escrito es sobre lo que pasó después, en 1986, cuando nos devolvimos al San Cristóbal de hoy, que abarca desde los Cerros Orientales hasta la carrera 22: al norte limita con la calle 170; al sur, con un caño que recorre la 153, un caño que, en los 90, las gentes de Cedro Golf llamaban “la frontera”.

Pero no nos devolvimos al corazón del barrio, sino al único conjunto residencial que se alzaba en su límite norte, en la calle 170 con Novena, por donde pasa la carrilera y, dos veces al día, un tren cargado de carbón hacía tronar el océano de pasto, tupido y alto, que nos acechaba. Era un conjunto de cuatro bloques, dos aún en obra negra. La única edificación a la vista era una casa sobre la 170, pegada a la carrilera. Veinte años antes, en esa casa había vivido Luis Eduardo, el padre de mi primo, pues su padrastro era el encargado de bajar la vara que interrumpía el tráfico de la 170 cada vez que el tren se aproximaba.

Pronto, los chicos del conjunto nos advirtieron a mi hermano y a mí que nunca fuéramos más allá de la 169, donde la calle se interrumpía de tajo y daba paso a los caminos despavimentados que serpenteaban hasta el corazón de San Cristóbal. “La frontera”, le decían, al igual que los habitantes de Cedro Golf llamaban al caño de la 153. Lo que ellos ignoraban era que allá vivían nuestras abuelas y tías;

mi primo y sus dos hermanas en la ciudadela Servitá, mis otras tres primas, en la casa de mi abuela, frente al parque del Alfonso Araújo, el sector que veinte años antes el padre Frýdecký había ayudado a construir.

Mis seis primas, mi primo, mi hermano y yo nos poníamos cita en La Cooperativa, la tienda de mi abuela, y de ahí salíamos en gallada a recorrer las calles a ratos pavimentadas y a ratos polvorientas de San Cristóbal, despeinados y con las medias comidas por los zapatos, “descalzurriados”, decía mi abuela, como los niños de *El señor de las moscas*, solo que hacíamos cosas menos graves, a lo sumo hacer tin tin corre corre en esta casa de aquí o robarnos un paquete de Tostacos en esa tienda de allá. “¿Se acuerda cuando nos metíamos a los potreros detrás del Campestre a buscar balones?”, pregunta mi primo refiriéndose a los balones que, tras un penalti demasiado elevado, salían despedidos por encima de la reja del colegio. Y sí, sí que nos recuerdo con el pasto a la altura de la cintura y convertidos en siluetas por el sol a contraluz, corriendo sobre los baldíos que la historia oficial olvidó.

Había algo mágico en La Republicana, la calle donde salían los buses de La Republicana y Flota Usaquén. Era un privilegio milagroso atestiguar de dónde nacían esos buses que luego atravesarían la ciudad hasta barrios tan distantes

como Germania, la ciudad desconocida. El mismo milagro acontecía con los que venían del sur, pero que seguían derecho por la Séptima enseñando en el letrero barrios que solo nosotros conocíamos: Verbenal, Codito, Lijacá, decían. A veces la pasábamos en el parque del Araújo jugando con un niño que había vivido en las alcantarillas de Bogotá. Se llamaba Andrés. En ese parque, pero diagonal a la casa de mi abuela, quedaba, y de hecho aún queda, la Fundación Niños de los Andes. Ignoro cuánta gente la recuerde, pero en los 80 fue bastante conocida. En 1973, un ingeniero de petróleos a quien todos llamaban Papá Jaime sacaba niños de las alcantarillas y los llevaba a la Fundación que acababa de crear. En ese entonces, Andrés era la cara de la fundación y salía en los comerciales de televisión dando su testimonio. Aunque Andrés nos contaba historias que aterrorizarían a niños y adultos, no nos daba miedo jugar con él. Para mí era más como estar con alguien famoso, alguien que salía en televisión.

Ya no en los parques y potreros sino barrio adentro, los adultos y uno que otro viejo se agrupaban en torno al periódico *El Espacio*, que colgaba de una piola en la puerta de las tiendas. Unos a ojear las mujeres desnudas en la sección “Juan sin miedo”, otros a buscar el finado en los párrafos de sus crónicas, que casi siempre comenzaban en un potrero

de pasto alto y alumbrado por la luz de una luna llena, redonda y recortada sobre un cielo negro como el interior de un muerto. El círculo de luz que dibujaban las linternas de Medicina Legal siempre terminaba alumbrando un cuerpo apuñaleado treinta y siete veces, cuando no una cabeza y medio brazo. Mucho de lo que sé sobre escribir lo aprendí leyendo esas crónicas, y también mucho de lo que sé sobre fotografía, por ejemplo, que en toda fotografía mora un muerto.

Más grandecitos, en 1989, subíamos a las canteras de los Cerros Orientales. Se debía cruzar la Séptima por la 159, en Barrancas —donde cuarenta años antes solo había piqueadores y niños metidos en rocolas—, y escalar una falda de escarpados, taludes y socavones. El hollín de la caliza y el olor a aceite de máquina en el aire, arriba las siluetas diminutas de los mineros, las llantas de las volquetas, tan altas como una persona parada en los hombros de otra, el eco de las sierras y el rugido de las retroexcavadoras a lo lejos, todo eso era una teología industrial. A mitad de camino, bajo un techo de cinc sostenido por cuatro palos, los volqueteros y nosotros aguardábamos a que una anciana de piel curtida y tetas pesadas metiera una totuma dentro de una caneca y la sacara rebosada de guarapo.

Hoy, metida en esos cerros, pero entre las calles 165 y 167, una red de senderos ecológicos recorre la geografía

de la montaña. Ya no son canteras sino el Parque Distrital Ecológico de Soratama. Se ingresa por la 166 y, durante el ascenso, San Cristóbal se va volviendo una maqueta, el tráfico de la Séptima adquiere la forma de un murmullo, y lo que reina es el sonido del viento que, rodeado de silencio, mece los altos árboles de eucalipto y mano de oso, las flores blancas y estrelladas del encenillo, las bayas violáceas que cuelgan en los arbustos de uva de anís. Como una serpiente de piedra, el sendero se enrosca entre pocetas que recuerdan lavapiés de ceremonias religiosas y un sistema de viveros donde mujeres del barrio Soratama cultivan las yerbas aromáticas con las que luego sazonarán los almuerzos de sus hijos. Desde miradores provistos de telescopios, visitantes y vecinos contemplan la flora de páramo, las aves migratorias posadas en las ramas y los cerros de Suba a lo lejos. No suena al lugar en donde uno esperaría encontrar un cadáver tiroteado, pero eso fue lo que descubrieron, sin sorpresa, los habitantes de Soratama el 13 de febrero de 2022. Sin sorpresa porque los cadáveres han venido apareciendo desde los 90, cuando los Cerros Orientales aún eran una cantera.

Hay dos años que determinan un antes y un después en la historia de San Cristóbal. El primero es 1955, cuando Usaquén se anexó como localidad y la urbanización en la

recién ampliada Bogotá se disparó, lo que a su vez disparó la explotación de las canteras y la migración de personas buscando trabajo. Entonces estalló el loteo espontáneo de terrenos por parte de las empresas mineras, es decir, sin intervención del Estado y, por lo tanto, sin ninguna planeación: no agua, no luz, no transporte público, no nada. Según el libro *Comunidades y territorios: reconstrucción histórica de Usaquén*, en la Bogotá de 1955, cuando la ciudad tenía poco más de medio millón de habitantes, los urbanistas calculaban que para el año 2000 la cifra sería de millón y medio: esa cifra se alcanzó en tan solo seis años.

El otro año es 1990, cuando la explotación de esas canteras se detuvo en seco y comenzó a planearse su reforestación: terraformar de nuevo la Tierra. Algunos aseguran que la explotación se detuvo porque la Alcaldía lo prohibió, otros que simplemente en ese peladero ya no había nada que minar. Entonces, no solo muchos de los habitantes de Soratama quedaron sin trabajo, sino que una nueva oleada de migrantes llegó a vivir en las canteras que, poco a poco, las compañías mineras iban dejando abandonadas. Así nacieron los sectores Cerro Norte y Santa Cecilia, entre la 160 y la 163.

Dicen que a comienzos de los 90, uno de esos recién llegados, Pascual Guerrero, se instaló en Cerro Norte. Venía con

su esposa y sus dos hijos, del Huila, huyéndole a la violencia. Pronto, Guerrero se volvió líder comunal y los vecinos acudieron a él para llevar sus quejas sobre el incremento súbito de la inseguridad. Con el apoyo de su hijo mayor, Pascual Guerrero Rincón, Pascual padre creó una autodefensa barrial. Su otro hijo, Luis Alberto, prefirió dedicarse a la construcción. Según la policía, a comienzos de los 90, Pascual hijo empezó a cobrar por la seguridad del barrio y, junto a sus hijos, pasó de la extorsión al atraco y la venta de bazuco. Dicen que así nacieron los Pascuales.

Pero los Pascuales no fueron la única familia: lo mismo hicieron los Tarazona y los Baracaldo; poco a poco, el radio de influencia de cada familia se fue extendiendo y los dominios empezaron a tocarse. Hoy, esa guerra territorial, que se decide con armas de asalto y granadas de fragmentación, recorre los Cerros Orientales; el control del microtráfico abarca desde Chía hasta Hacienda Santa Bárbara y, así como a finales del *xix* los Samper Brush o los De Brigard decidían sobre la repartición de la tierra y en el *xx* lo hacían las compañías mineras, hoy son familias como los Pascuales o los Luisitos las que deciden los loteos en los cerros.

En 1991, mi familia y yo nos fuimos a Cedritos, desde entonces y hasta 1995, me crie con un pie en Cedritos y otro en San Cristóbal; iba todo el tiempo porque mi novia de

ese entonces vivía allá, pero, para 1996, rara vez iba y todo eso lo supe de oídas. Por eso, para escribir esta crónica, volví a volver, luego de doce años de no haber puesto un pie en San Cristóbal. Fui con mi primo, quien llamó algunos amigos que aún viven en el barrio. Nos encontramos en la Séptima, donde se sumó un viejo conocido que vive en Cerro Norte. Para el extranjero, lo que ahora soy, los sectores de los cerros parecen uno solo, por lo que le pregunto al cerro-norteño cuál es cuál. “De sur a norte, primero está Cerro Norte, pegado sigue Santa Cecilia, que es este que está al frente, luego Tres Calaveras y Bosque de Pinos, los que tienen harta polisombra porque todavía se están loteando. En la 165 empieza Soratama y de la 170 para allá ya es Codito y Lijacá”. Después me hicieron un *tour* por San Cristóbal, pero no reconocí las calles: lo que antes era trocha hoy está pavimentado, muchas de las casas de tres planchas ahora son edificios, la tienda de mi abuela ahora es una ferretería. Calle Negra y sus alrededores, donde a mediados de los 90 hacían “limpiezas sociales”, hoy son conjuntos residenciales y la clínica oncológica de Sarmiento Angulo. Al final, nos sentamos en una panadería, la misma donde, treinta y cinco años antes, mi primo y yo intentamos robar un cotudo, pero el panadero intuyó a qué íbamos tan pronto nos vio entrar y nos echó una manotada de harina en la cara.

Salimos corriendo con la cara blanca y riendo a carcajadas como plagas. Ese día, en cambio, pedimos tinto, liberales, galletas de tres ojos y charlamos un rato.

Primero les pregunto por la génesis de los Pascuales y las otras familias, pero sus historias se remontan más atrás en el pasado. Hasta donde pueden recordar, lo del bazuco comenzó a finales de los 80 con tres hermanos: Herlis, Héctor y Pepino. “Lo que pasa es que ellos nunca se organizaron, no es que se apropiaran de un sector o algo así, pero en el 95 los Pascuales los mataron”, dice uno del barrio. Aseguran que, comparado con toda la sangre que ha bajado de Santa Cecilia y Cerro Norte desde entonces, lo de Herlis, Héctor y Pepino hoy casi parece una travesura. “Eso tampoco es como lo pintan”, interviene el cerronorteño, “claro que hay partes que uno sabe qué se mueve, pero la mayoría es gente trabajadora, a las seis de la mañana la Séptima es un río de gente que sale a camellar. En cambio, Tres Calaveras y Bosque de Pinos, esos sí que son peligrosos porque son nuevos y hasta ahora se están loteando”.

Con respecto a los orígenes de los Pascuales y de las otras familias, la policía asegura que los Tarazona y los Baracaldo nacieron para defenderse de los Pascuales. El Cerac (Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos) sostiene que: “Bandas como los Luisitos, los Pascuales y los Tarazona

emergen como respuesta a las demandas insatisfechas de seguridad física, jurídica y económica de habitantes que residen en zonas de invasión, es decir, de personas que viven aisladas del circuito productivo de la ciudad”. Los del barrio disienten: “Eso es pura mierda, nadie nació para defenderse de nadie, todas esas familias nacieron porque descubrieron el negociazo que es el bazuco. Cuatro mil dosis diarias a mil pesos por dosis: haga cuentas, y estamos hablando de los 90”.

Puede que el Cerac esté en lo cierto cuando hablamos de los 80 y de las autodefensas barriales, pero en lo que respecta a las familias que surgieron a comienzos de los 90, creo que hay que escuchar a los del barrio; ellos recorrieron todos los recovecos de Cerro Norte y estaban ahí cuando todo comenzó. De hecho, algunos tuvieron que pasar por centros de desintoxicación y grupos de ayuda, como yo, que hace unos años estoy en A.A. Hoy son abogados, comerciantes, contadores, cerrajeros. Los que no tuvieron que pasar por grupos de vez en cuando se toman unos rones, a veces un porro, pero ya ninguno se arrima al bazuco. “Cuando quiera hace una crónica sobre mí”, me dice un excuñado que ahora es abogado, “se podría llamar ‘Del bazuco a la Defensoría del Pueblo’”, y todos soltamos la carcajada.

Es imposible saber exactamente cuándo nacieron los Pascuales: unos dicen que en el 93, otros que en el 95;

en cualquier caso, en el 96 ya existían los Tarazona y los Baracaldo, pero eran los Pascuales quienes ostentaban el poder. Los del barrio aseguran que, por fuera, el centro de operaciones de los Pascuales parecía un rancho más, pero que en su interior se podían encontrar los mismos televisores y equipos de sonido que, veinte cuadras al sur, amoblaban los apartamentos estrato seis que recorrían los Cerros Orientales de Cedritos. “En una casa tenían los bultos de yerba y los kilos de perico, y en otra todos esos juguetes. Tenían hasta un Play Station”.

A la pregunta de quién surtía toda esa droga, mi primo responde: “Al comienzo, uno de los manes que manejaba las células urbanas de las FARC”. Otro agrega: “Una vez, ese man les tuvo que dar bala a los Baracaldo porque querían empezar a traer la droga del Bronx, pero a este man le llegaba un camión de droga a la semana y donde se le represara todo eso, el que se metía en problemas era él”. Aseguran que después de la desmovilización de las FARC, las Bacrim pasaron a surtir. Según un artículo de *El Espectador* de 2016, los proveedores de entonces de las familias eran los hermanos Úsuga, hoy conocidos como Clan del Golfo. “Lo mismo que pasó en el campo pasó en las lomas”, concluye uno.

Para 1996, mientras en los cerros se cocinaba una bomba, abajo en San Cristóbal los vecinos se quejaban por la

cantidad de atracadores y bazuqueros. Por esa época, jíbaros y consumidores se reunían a fumar en los baldíos que atravesaba la carrilera; una llanura yerma que abarcaba desde la propia carrilera hasta la Autopista Norte y de la 170 hasta la 165. Una noche de 1996, camionetas con hombres armados llegaron a esos baldíos, subieron a las personas y se las llevaron a Calle Negra: por la 167, un par de cuadras abajo de la carrilera. A pesar de las imágenes aterradoras que podría suscitar el nombre, la calle se llamaba así porque era la única en ese sector que estaba pavimentada, pero era un asfalto viejo, sucio y negro. “Por los lados de esa calle los bajaron de las camionetas, los acostaron boca abajo y les metieron una bala en la nuca a cada uno”. Los del barrio suponen que los mataron allá porque entonces ese sector se parecía más al San Cristóbal de los 50: potreros y caminos de herradura sin nomenclatura. “Allá fue que mataron a Serafín González, Serafo, trabajaba en el Hospital Simón Bolívar. El man sí soplaba pero no le hacía mal a nadie, compraba lo suyo y se iba a soplar tranquilo a su casa, pero fue tan de malas que justo la noche en que empezaron a matar, Serafo estaba abajo mercando”. Esa noche asesinaron a dieciocho, pero aseguran que luego hubo más. “Yo pude haber sido uno de esos muertos, pero esa noche estaba con otro parche”, dice el abogado.

Así como en el siglo xx los años 1955 y 1990 marcaron un antes y un después en la historia de San Cristóbal, los del barrio están de acuerdo en que el 2013, cuando los Pascuales y los Luisitos se mataron entre ellos, trazó un antes y un después en los cerros, pues ese fue el año cuando todo se terminó de desmadrar. “Antes, el equilibrio de poderes mantenía cierta calma, pero luego de eso nacieron tantas bandas que ya nadie sabe quién es quién”, dice uno del barrio. Le pregunto al cerronorteño qué tan caliente está eso. “Ahí hay cierta temperatura: abajo es rojo vivo, en la mitad rojo y bien arriba es lo más tranquilo porque allá no suben sino los que viven ahí”. Le pregunto entonces si entre Cerro Norte y Santa Cecilia hay rivalidades. “Naaa. Santa Cecilia y Cerro Norte somos una sola familia, es una telaraña y todos estamos emparentados o comunicados”.

Para 2008 quien gobernaba los cerros seguía siendo Pascual Guerrero, alias el Viejo, es decir, el hijo del Pascual que llegó del Huila en los 90 huyendo de la violencia, pero Pascual el Viejo ya tenía sus años y si bien la familia no movía un dedo sin su autorización, quienes ejercían el mando eran sus hijos Mauricio, Orlando y Pascual III. En 2011, la policía capturó al mayor y al menor. Ese año, con el titular “Cayó el mayorcito”, *Alerta Bogotá* publicó una entrevista al coronel de la Policía que lideró el operativo. El coronel

aseguraba que “con el fin de los Pascuales comienza una nueva vida en ese sector”, y que “las otras bandas inmediatamente desaparecen porque ya no tienen con quien pelear”. Los del barrio, el cerronorteño y hasta el de la panadería sueltan la carcajada. Y se ríen en parte porque, entre los hijos de Pascual el Viejo también estaba un primo de ellos que la policía no capturó: Luis Antonio Guerrero. Entonces, aprovechando la debilidad de los Pascuales, el primo Luis fundó los Luisitos y pasó a gobernar sus territorios.

Así fue hasta 2013, cuando los herederos del viejo Pascual salieron de la cárcel y programaron una reunión con los Luisitos para negociar los territorios que habían perdido. El 6 de enero se reunieron en el asadero Los Paisanos, en Cerro Norte. Acompañados por su guardaespaldas, Mauricio, el primogénito, y Pascual III fueron en representación de los Pascuales. Luis Antonio, fundador de los Luisitos, tenía orden de captura por homicidio, por lo que envió a tres miembros de la nueva familia. No se sabe exactamente de qué hablaron, pero a las cuatro de la tarde se mataron a plomo entre ellos. Cuatro días después, el entonces presidente Santos realizó un consejo de seguridad junto a los cerros. Ese mismo día, en entrevista con Blu Radio, un edil de Usaqué que vivía en Cerro Norte aseguraba que los Pascuales no habían salido de ninguna cárcel porque no

habían estado presos, y retaba a la policía a que hiciera públicas las órdenes de salida. También aseguró que Pascuales y Luisitos solo estaban almorzando, tomando unas cervezas y discutiendo sobre sus territorios y las nuevas familias que debían desterrar, pero que “por el licor se acalararon”, y que “el problema fue por un costeño que hacía parte de la banda”, pues fue el que se alborotó y sacó el revolver primero. Por su parte, *Semana* aseguró que la matanza también se había debido a “líos de faldas”.

Como sea, para vengar a sus dos hijos, Pascual el Viejo mandó a su otro hijo Orlando a asesinar a Luis Alberto Guerrero, padre de Luis Antonio, fundador de los Luisitos. Es decir, Orlando mató a su tío o, lo que es lo mismo, Pascual el Viejo mandó asesinar a su hermano. Luis Alberto fue el que, cuando su hermano fundó los Pascuales en los 90, prefirió dedicarse a la construcción. Para 2013 manejaba uno de los *jeeps* que sube y baja a los habitantes de los cerros. Si menciono todos esos asesinatos entre la misma sangre no es para apelar al morbo —enmascarado de indignación— del lector, sino para señalar las relaciones que, en tanto el poder aún emane de la tierra, podrían existir entre estos linajes y las casas reales de la Europa medieval y la renacentista.

Meses después, la policía capturó al fundador de los Luisitos y la realidad se parte en dos. Por una parte, los del

barrio aseguran que “la cosa se puso peor”; por otra parte, los medios, de nuevo, se llenaron de noticias optimistas. “Con la captura de Luis Guerrero, la violencia en el nororiente de Usaquén llega a su fin”, aseguraba el general de la Policía de ese entonces. En la panadería todos vuelven a reír. “Caen los padres y los tíos, pero los hijos y los sobrinos siguen, o el nuero, el cuñado, el recién llegado a la familia”, dice el cerronorteño. Ese mismo 2013, patrulleros en la nómina de Pascuales y Luisitos secuestraron al patrullero Jairo Díaz y se lo entregaron a los Luisitos, quienes lo torturaron y asesinaron, pues Díaz había confiscado un cargamento de mariguana que pertenecía a la familia. Para 2014, las bandas se habían multiplicado: ese año ya se hablaba, entre otras, de los Jiménez y los Tihuaques. La guerra territorial abarcaba desde Cerro Norte hasta El Codito. En 2015, los Tarazona robaban en Chía y Subachoque. En 2016, el viejo Pascual fue condenado a treinta años, pero entonces el gobierno de la tierra se lo disputaban varias bandas. “La única es despenalizar”, dice el abogado. Otro asegura que “pueden meter mil policías a las lomas, como en el Bronx, y pasaría lo mismo que pasó allá, que todo ese negocio se movió a Cinco Huecos y al Sanber”.

De hecho, en 2021, la Alcaldía intentó meter el Esmad a Tres Calaveras, sector que nació durante la pandemia. El

Esmad lanzó gases y aturdidoras, la comunidad puso una reja y respondió con piedras. La idea era desalojar a los habitantes que viven en zonas de derrumbe y desmontar una nueva guerra por el control del loteo y el microtráfico, esta vez, entre las viejas familias y una banda venezolana. Según los de barrio, la venezolana se llama Tren de Aragua; bello nombre, si no fuera por los descuartizamientos que encierra. “Pero al Tren de Aragua ya los bajaron, los colombianos no se dejaron”, dice el cerronorteño, “esa es la lucha permanente: no dejarse ganar territorio de los venezolanos. Esa es la guerra que se avecina. Y que Dios nos ampare”.

En 2019, Peñalosa había intentado algo más amable: mandó pintar una mariposa gigante en las fachadas de Cerro Norte y Santa Cecilia. De lejos parece una obra de Doris Salcedo; sin embargo, “sí se ve más bonito, pero de lo otro no cambia un culo”. Si yo fuera Peñalosa, no habría mandado pintar una mariposa sino el águila bicéfala.

En 2022, cuando uno pensaría que de los Pascuales no quedaba rastro, *Pulzo* publicó un artículo que parece escrito en 2013. “Con la salida de prisión de uno de los antiguos campos [los Pascuales], existiría la intención de recuperar ‘lo que les perteneció’”. Se refiere a una balacera en Tres Calaveras; durante el enfrentamiento incendiaron varias casas y quince personas quedaron sin hogar. Al otro día, entre la ceniza y los

escombros, la policía encontró subametralladoras y granadas de fragmentación. El artículo también aborda la otra tragedia que mata personas en los cerros: lo deslizamientos de tierra. La Secretaría de Hábitat calcula que, en seis meses, la construcción ilegal en zonas con riesgo de deslizamiento aumenta hasta un 50 %, pero es imposible corroborarlo, pues a la persona encargada del monitoreo la amenazaron de muerte y no volvió. Por otra parte, los sectores que nacieron en el siglo xx hoy tienen servicios públicos, pero los que recién llegan deben sacar luz de un poste y vivir sin alcantarillado.

Les pregunto cómo es que los Pascuales siguen sonando por ahí. “Eso no es nada, además de los de siempre también están Pequeños Angelitos, los Cuajados, Nuevos Candelazos y no me acuerdo cuáles más pero son más”, asegura uno. “Ahora hay hasta una banda de solo hembras: las Rucanas”, dice otro. “Las feministas entraron al ruedo”, dice el cerrajero.

La entrevista concluye. “¿Cómo vio mi narrativa?, profe”, me pregunta cagado de la risa el cerronorteño. Antes de que cada uno siga su camino, me presentan al que atiende la panadería; por su edad, debe ser el nieto del hombre que, con un puñado de harina, protegió al cotudo. Cuando los otros le cuentan que estoy escribiendo una crónica, me dice: “Métame ahí, pero no ponga mi nombre, diga que soy *el* de la panadería”.

LA NUBE QUE BAJA A SALUDAR

Laura Acero

En memoria de la señora Rosa Tilia Cruz (1951-2023)

*Agua fresca, te voy a beber,
lagrimita que soltó el amanecer.*

Coral Rojo

1

PAGAMENTO

En el páramo de Las Papas, donde nacen los ríos Magdalena, Patía, Cauca y Caquetá, la señora Analía Anacona cuenta que, cuando era niña, uno de los ritos del 1 de enero para los campesinos del páramo consistía en subir a la laguna de La Magdalena a pedir un buen año. De la historia que nos contó en su casa, cuando fuimos a visitarla, me sorprendió que relatará que subía hasta la laguna en vestido y zapatitos de charol, y que se echaba más o menos una hora de camino. Sylvia, Sara y yo, con la ayuda de unos guías, nos habíamos gastado tres horas en el camino de

pedras y agua. Agarrada a Papelito, el caballo que me prestaron, me imaginaba que realmente subíamos por el lecho de un río dormido hasta la próxima tormenta, un ascenso de dificultad, para el que íbamos preparadas con botas de caucho, capas para la lluvia y buen abrigo.

Me imaginé a Analía niña, con los cachetitos rojos, dos trenzas negras, un vestido de flores amarillas y una sonrisa enorme, dichosa, jugando por el camino, correteando con sus hermanos, y me imaginé un 1 de enero soleado, brillante, despejado. Porque, por supuesto, esa visita a la laguna era recibida con alegría por el páramo.

Subir en consulta al páramo es una tradición antiquísima: la madre de los muiscas, Iguaque; las lagunas de Ubaque, Siecha, Guatavita, todas son templos sagrados. Subir permite mirar desde arriba, meditar el camino y contemplar con distancia las acciones pasadas. El viento del páramo regala la suficiente claridad de vista y también de ánimo —el frío permite que la mente trabaje mejor, dicen—. Por eso ha de ser que resulta tan sanador.

Ahora que lo recuerdo, creo que también fue Analía la que nos contó que la laguna le ha hecho grandes favores a su familia. En otros lugares cuentan que las lagunas de las alturas tienen ciudades encantadas bajo sus aguas o arrojan lingotes de oro cada tanto a los bendecidos. En todo

caso, hasta ellas se sube a pedir, a consultar, a agradecer. La actitud con que el caminante sube a visitarlas define tanto el tipo de clima que tendrán allá arriba como la respuesta a aquello que se pide, consulta o agradece. Se trata de una prueba de respeto a la naturaleza, esa fuerza contra la que no podemos nada, pero sobre la que podemos, como humanos que somos, hallar una narrativa, interpretar.

A veces, la consulta puede ser consciente —subo para saber cómo será el año, para preguntar sobre un tema que me ronda— o completamente inconsciente —subo porque tengo que trabajar, porque me tocó, porque por qué no—, y, entonces, si nos atenemos a la interpretación más común, puede resultar en un llamado de atención: se cerró el cielo, nos llovió, nos perdimos por horas, nos varamos al regreso, por poner ejemplos. En mayo del 2023, allá arriba, en el nacimiento del Magdalena, saludamos a la laguna en señal de respeto y el cielo se nos abrió, nos dejó ver la grandeza y fragilidad de la madre arteria de Colombia que, allí, es placenta y cordón umbilical. Minutos después, en medio de la alegría obvia de haber podido llegar hasta el nacimiento, nos resultó inevitable reírnos, estábamos dichosas. Entonces el cielo se nubló, el viento arreció y por un momento tuvimos miedo; yo sentí el regaño. Bajamos de nuevo el volumen, volvimos a estar atentas e iniciamos

el regreso a la casa de Analía. No es solo creer que la naturaleza nos habla, es saber leer lo que dice, saber interpretar el clima.

2

VIENTOS

Mi hijo se sorprendió cuando mencionamos, en alguna conversación de amigos, el hecho de que los páramos fueran ecosistemas tropicales. Asociaba, como muchos, lo “tropical” al calor. Quizás habituados a nuestros pisos térmicos, hemos olvidado lo particular que es nuestro clima, lo especial que resulta poder cambiar de temperatura con tan solo subir o bajar la montaña, a veces en cuestión de minutos. La conexión entre selvas, playas, llanos, páramos, desiertos radica en las aguas y los vientos, en ciclos interminables y necesarios de lluvias que garantizan la vida de todas las especies de estas tierras a las que el sol acompaña todo el año.

No podemos vivir sin páramos, selvas ni bosques húmedos, y cualquier daño que provoquemos en alguno de estos ecosistemas afecta a los otros. El agua está en permanente movimiento: las lluvias de la Amazonía se evaporan con el intenso sol, se condensan y regresan en forma de lluvia

torrencial, otras suben y viajan hacia las montañas, chocan con los cerros, algunas quedan atrapadas, otras atraviesan las cordilleras o navegan en lo que algunos llaman “ríos voladores” —qué hermosa expresión—, se condensan en las alturas, se hacen nube, neblina, niebla. Sin vientos no hay agua. Ari, mi vecina de la vereda El Verjón, me dijo un día que la neblina, esas nubes bajitas que se condensaban en las montañas y veíamos ahí nada más, frente a nuestras casas, eran los abuelos que bajaban a saludarnos. Las nubes escurren, gotean por las hojas de frailejones, puyas, rodamontes, romeros, maticas de chite, pajonales, colchas de musgos y líquenes, que las filtran y limpian, para formar los hilillos, miles de afluentes irrigando ese cuerpo de agua que en ocasiones es laguna inmensa y otras veces es ojito de agua, nacedero, hilo que se hace quebrada entre encenillos y alisos, y juntándose estos se hacen riachuelo, arroyo, río, buscando su cauce, de nuevo. Por eso, los que saben de biología les llaman a los páramos “reguladores hídricos”. Los movimientos del agua y del viento son hermosos, eternos, sí, pero también son frágiles.

3

REZO

*Cordillera con tus nevados eternos, me viste crecer.
Tus secretos vine a conocer
por senderos que anduvo el agua también.*

Me acerco a este texto como si iniciara de nuevo el ascenso hacia la laguna. No he clarificado mi intención. Es probable que todo lo que tenga ahora sea agradecimiento: en 2015, después de cuatro años conjurando la posibilidad de conocer el Sumapaz, recién al comienzo de mi maternidad, recibí una llamada telefónica y la propuesta de hacer un taller de escritura con mujeres campesinas en el páramo. “Tú siempre hablabas del Sumapaz, ¿no querías ir?”, me preguntó Paola por el teléfono. Cuatro meses después, con la vista alimentada por las visiones del páramo más grande del mundo, estaba segura de que, además, quería vivir en la montaña. No tenía que ser el Sumapaz, pero sí pudo ser El Verjón, ese pedacito de páramo en los Cerros Orientales de Bogotá que me cambió la vida. Mientras lo escribo me doy cuenta: mi plegaria es también invocación, alabanza y acción de gracias. Fui y volví al páramo. Me quedé viviendo en él. Escribí. Regresé a la ciudad, viví el duelo de la montaña, sané. Desde 2015, he podido visitar el Sumapaz con

cierta constancia, me han llamado a trabajar allí, hemos sacado adelante distintas publicaciones, escritos creativos y autobiográficos, memorias colectivas y literarias en distintas veredas con mujeres, infancias y mayores sabedores; he escuchado muchas voces, me he dejado emparamar por sus historias.

4

BRUJAS

Cuando vivía en El Verjón, no teníamos internet, no había señal. Así fue durante los cinco años que habité la vereda, no sé ahora. Como no había mucha variedad, recuerdo que me repetía las mismas películas del estudio Ghibli que teníamos guardadas en el computador. Mi favorita siempre ha sido *El castillo ambulante*. El páramo por donde camina el castillo de Howl, el mago de mis sueños, es igualito al que yo habitaba. Los vientos feroces en las noches, el frío aterrador fuera de casa, el fuego dentro. Por esa misma época, en uno de los viajes al Sumapaz, que se convirtieron en largos diálogos con Marcela —mi gran amiga usmeka, la que me presentó el páramo—, tuve la oportunidad de hablar con ella sobre *Mujeres que corren con los lobos*, de Clarissa Pinkola Estés, y gracias a su recomendación de lectura (alcancé a

escucharle a Marcela toda la historia del patito feo desde la versión de Pinkola en uno de los trayectos de regreso), me di cuenta de que el castillo de Howl, con sus patas de gallina, tenía que estar inspirado en la casa ambulante de la Baba Yaga, la mítica bruja siberiana.

Tengo muy presentes las imágenes del páramo de la película, me recuerdan cómo vivía cuando habitaba la montaña. La escena de la película en que Sofi, la protagonista, tiende la ropa con ayuda de su amigo espantapájaros me hacía sentir completamente identificada: tienes dos horas para sacar la ropa recién lavada al sol, que se seque con la intensa radiación —aprendí, en esos tiempos, debido a las abejas que cuidaba el papá de mi hijo, de las dinámicas de los insectos y la luz en la alta montaña, el sol hirviendo, los extremos de frío y calor—, y corra a recogerla antes de que se venga la lluvia, la neblina, el rocío. Luego empecé a entender otras cosas, entre esas, empecé a interesarme por la idea de la bruja del páramo.

En 2019, cuando estaba escribiendo *La paramera*, una novela que quise ubicar en el Sumapaz —aunque siento que, en el fondo, todo ocurrió en mi casita de El Verjón—, las escenas de brujas paramunas empezaron a llegar a mis sueños y en las historias que me contaban. Los primeros fueron los niños de la vereda, que cada tanto bajaban a la casa a visitarnos, a pedirnos libros prestados, y me contaban de los pasos sobre los

tejados, de las mujeres que se veían guapas por los caminos y terminaban espantando a los conductores. Creo que todo es sugestión, y cuando, una tarde, al volver de un viaje de unas semanas, me encontré con una amiga que se había quedado cuidándonos la casa, y ella me contó que una bruja la había espantado —que se le había plantado en el ventanal, al lado de mi cama, y desde ahí solo flotaba y se reía de ella—, sentí que había dado con la clave para la línea argumental de las brujas en la novela.

Luego, sin haber propuesto el tema, unos campesinos sumapaceños, en un taller de escritura y memoria con la Biblioteca Público Escolar, en La Unión, me contaron la historia de un hombre que había muerto hacía muy poco y que se había casado con una bruja. La historia iba más o menos así: el hombre era joven y pobre, no tenía trabajo ni tierra. Un día, una mujer mayor, que todos sabían que era bruja —no puedo explicarlo bien, pero todos sabemos quiénes son las brujas—, le preguntó si se casaría con ella para cuidarla, porque no quería envejecer sola. A cambio de cuidarla y ser su marido, ella le prometía que no iba a volver a pasar hambre y que le llegaría abundancia económica. El trato le gustó al hombre, y nadie habló nunca de brujas con él, pero todos sabían su secreto; parecían madre e hijo, aunque se trataran como marido y mujer. El hombre murió poco después de ella.

La historia me fascinó y recuerdo que en esa sesión empecé a preguntarles de todo. Por lo general, los campesinos se ríen de mí porque soy preguntona y curiosa y les pico la lengua. También les gusta asustarme, saben que en el fondo soy muy crédula. Me contaron de cómo los habían espantado, de la ciencia para reconocer brujas, de los animales en que suelen convertirse —a los que peor les va es a ciertos pájaros que terminan muertos a pedradas, aunque también suelen verlas en los perros negros y, a veces, los relatos se acompañan de los del diablo, a quien suelen ver en algún cabro o un toro bravo, de ojos rojos y dispuesto a atacar—. Me contaron cómo hablarles a las brujas y decirles que no molesten más, ya fuera con rezos o con insultos. Fue más adelante que supe que, para los antiguos griegos, la mejor forma de espantar el mal era a través de las expresiones groseras o vulgares, y me sorprendió que la costumbre fuera la misma tantos siglos después. Recuerdo que ese día volví a mi casa con una mezcla de fascinación y miedo, mucho miedo, y que luego le pedí a mi mamá que me regalara una medalla de San Benito (no va y sea). En algún momento decidí que tenía que llevar en la buena, como decimos en Bogotá, a cualquier entidad que anduviera por mi casa, no fuera a pasar que a mí también me despertara alguna bruja para reírse de mí.

5

BEBIDA

Desde la primera vez que fui al Sumapaz decidí creer, como me enseñó Marcela, en el rito de saludar a la laguna de Chisacá siempre que entrara al páramo. Pensando en ese momento, en la novela escribí una historia en la que la primera imagen fue la de una mujer que se sumergía desnuda en esa laguna. Adriana, la mujer que me inventé —pensando en Marcela y en todas las mujeres docentes que creen en la palabra como un camino para la transformación y el bienestar de sus comunidades—, iba a irse del páramo después de trabajar en él durante varios años, pero todavía no sé si esa decisión la tomó en la laguna o si ya la tenía tomada y subió a consultar si estaba en lo correcto. En este momento se me ocurre que era una consulta y que, por eso mismo, cuando salió del agua y el cielo se le abrió para secarle el cuerpo y las montañas se despejaron, ella pensó “está bien, debo irme”, y dio las gracias.

En este lado de la historia, el de la no ficción, han pasado ocho años y no soy capaz de seguir de largo sin detenerme a saludar a la laguna de Chisacá, beber un poco de su agua o al menos mojarme las manos, y pedirle que me permita entender lo que debo entender.

*Río arriba se oye la fiesta del agua
cuando va a llover.
Rayo, trueno, ojos de clavel,
paso firme: ya me voy para volver.*

Ese es mi rezo. Incluso si vamos tarde a la reunión o si el conductor se enoja: “el que llega saluda”, les digo. También le pido al páramo, desde esa primera vez, que me deje regresar, que me permita recorrerlo una vez más. En la segunda mitad de 2023 se dio de nuevo la oportunidad, y subí en compañía de Sylvia, la misma amiga con la que subimos a Las Papas sin saber que iríamos al Sumapaz luego, y sin saber que, probablemente, tantas visitas al páramo se conjurarían cuando, para mi último cumpleaños, jugando a hacer de la ficción una realidad, nos metimos a la laguna de El Verjón y casi morimos de hipotermia.

6

CAMINO

Pienso recurrentemente en la inmensidad del Sumapaz, desde donde fluyen las aguas que alimentan a ríos como el Magdalena, Guaviare y Meta. La mitad de Bogotá es el Sumapaz. Saliendo por Usme Pueblo y hacia arriba, como

a una hora en carro, pasando Las Margaritas y Chisacá —la última vereda de Usme—, se entra al páramo. A ambos lados, árboles, casas campesinas, escuelas, campos verdes cultivados de arveja, fríjol, haba, fresa y papa, potreros para ganado lechero, hasta que la tierra se vuelve rocosa, los árboles se convierten en arbustos y el frío arrecia. El retamo espinoso ha llegado más arriba con los años. En 2016 solo se veía hasta el embalse de La Regadera. Ahora sus flores amarillas y aceitosas llegan hasta la entrada de la localidad. Pasando la laguna de Chisacá, se ve a la izquierda la cárcel que Rojas Pinilla construyó para los presos políticos, y ahora sí, páramo adentro.

Por la vía destapada, llegando al retén del Ejército, el paisaje vuelve a transformarse. Aparecen las señales humanas: las primeras veredas de la cuenca de Río Blanco empiezan a asomarse, los trabajadores, las tiendas, los tractores, los murales de Placitas, la Y en el monumento al Campesino, con la entrada hacia Las Ánimas y Nazareth a la izquierda, o el camino derecho hacia San Juan. Después de media hora por esa vía, si la neblina no baja y el páramo lo permite, se puede ver cómo el camino vuelve a llenarse de frailejones y, de repente, uno de los paisajes más imponentes que existen: páramo y nada más que páramo hasta que los ojos se cansan. A lo lejos, los mongotes, las formas geológicas de la

zona de Media Naranja, las morrenas, con sus grandes medialunas en el horizonte. El lento paso del tiempo en las inmensas formaciones rocosas contrasta con la fragilidad del lecho de musgos y líquenes alrededor, los pantanos formando esa colcha de agua que una sola pisada se puede destruir.

Hace poco un conductor me contó que su primera visita al Sumapaz fue un transporte para la Alcaldía hasta el Alto de las Águilas, cerca de San José, donde se encuentra el Batallón de Alta Montaña N.º 1 del Ejército. A eso de las cinco de la mañana, con un frío bravo, salió junto con un grupo de soldados a recibir el amanecer: el sol rojizo iluminaba poco a poco la inmensidad del páramo, no había neblina, y desde tamaña altura alcanzaron a divisar a lo lejos las nieves perpetuas de los nevados del Huila y del Tolima. Yo nunca he estado allí, me emociona imaginar la vista. El batallón se construyó en 2001 en una de las zonas más altas del páramo, un lugar estratégico para poder divisar a las tropas guerrilleras que se movían por la región, donde ya tenían hechos los pasos y caminos que comunicaban el Meta con la capital. Siguen los contrastes: la belleza del paisaje contrasta con la historia del horror que se ha vivido en los caminos. Me dijo también que allá arriba los soldados están cultivando frailejones. Le conté lo que habíamos hablado con Marcela y otras mujeres alguna vez: que la decisión de

cultivarlos tuvo que ver con la reparación exigida por los daños ecológicos tan graves que cometieron los actores armados durante el conflicto, y que se notan nada más en la entrada, en el retén de Santa Rosa, ese intento de tundra domesticada a 3.500 metros de altura, en donde solo debería haber turberas, frailejones y pajonales.

Decía Alfredo Mires en uno de sus prólogos de los libros de la colección de la Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca, en el Perú:

¿La negación de la tierra significa progreso? Y si ahora somos civilizados, ¿por qué vivimos más enfermos?, ¿qué tiene nuestro cuerpo que no esté hecho de agua, tierra, fuego y viento, como cualquier tiesto? Una *payasca* de chicha fresca semeja una madre convocando voluntades para la minga. Eso no entienden quienes comercian con la pobreza. Una comunidad no es empresa.

La geografía del páramo del Sumapaz habla de su historia. Hay fuerzas en lucha, y no son precisamente las de la guerrilla y el Ejército, sino las de las visiones de desarrollo: las carreteras, los caminos, el mal llamado progreso frente a la llamada del cuidado, la conservación —con todos sus matices—. En el medio, la comunidad sumapaceña.

7

LEER EL CLIMA

Sigo pensando en los contrastes que se viven en el páramo. Por un lado, el clima tan variable en cuestión de minutos, tan sensible y que parece alterarse con cualquier reacción o actitud —y que por ello, creo yo, resulta tan fácil de relacionar con los estados anímicos humanos, con nuestras emociones, y de paso con la consulta o predicción—. Por otra parte, lo lento de las transformaciones naturales. Han pasado solo ocho años: los frailejones siguen aquí, las piedras siguen en el mismo lugar. La laguna, gran milagro —¿hace cuánto están aquí estas aguas?, ¿alguna vez esto fue mar?—, la laguna sigue allí. Ocho años no son nada al lado de la lentitud con que crecen las plantas, que a mayor altitud más bajas son. Hemos vivido como humanidad nada más un segundo en este planeta y lo notas cuando te detienes en Media Naranja a contemplar las formaciones geológicas: las marcas de las glaciaciones, esas formas tan mágicas que trazó el agua deshielándose desde las alturas durante millones de años te hacen pensar por momentos que has viajado años luz y estás en Marte, reconociendo los vestigios de lo que fue el planeta cuando había agua.

Sin embargo, estás en el lugar donde el agua nace. Todo es humedad allí arriba. Lo húmedo y lo seco se parecen en

las alturas, y aunque acá parezca que no pasa nada, el ecocidio de la Amazonía está afectando los ciclos y las épocas del páramo. La ausencia de vientos ha provocado tiempos secos prolongados y difíciles de calcular; el clima se ha vuelto irascible, impredecible. Los mayores recuerdan otras épocas, en las que se sabía cuándo iba a haber heladas, cuándo iba a hacer sol, cuándo sembrar y cuándo se esperaba la cosecha. Ahora es más difícil, cada vez es más difícil comprender el clima.

8

MEMORIA

*A las montañas más altas
nos obligan a subir,
dizque tamos estorbando,
a los dueños de puaquí.*

Jorge Velosa (1971)

Lo que nos llevó al Sumapaz con Sylvia este año fue la propuesta de realizar un ejercicio de memoria colectiva con algunos líderes sumapaceños y un grupo de niñas y niños de la cuenca del río Sumapaz —la zona sur de la localidad, desde el corregimiento de San Juan y hasta la frontera con

el Huila—. En principio, pensaba que el trabajo iba a consistir, como casi siempre, en conversar y transcribir los diálogos con los mayores, que no acostumbran a escribir. Sin embargo, don Guillermo Villalba, uno de los mayores con quienes íbamos a hacer el ejercicio, nos dijo que no quería un relato autobiográfico, sino que le interesaba dejar un documento para los niños de la localidad, donde ellos pudieran entender mejor la lucha por la tenencia de la tierra que ha marcado al páramo desde comienzos del siglo xx. El resultado fue un fanzine en formato de friso, una línea de tiempo —no muy lineal, marcada además por la geografía del páramo—, con los ríos y las quebradas de la cuenca del Sumapaz, lleno de dibujos para colorear, que relatan la historia del páramo desde 1903 hasta 2022, hechos por niñas, niños y adultos. Me pareció muy emocionante poder hacer un ejercicio diferente y, sobre todo, poder hacer un tránsito de las historias personales a su dimensión colectiva, entender mejor las historias que me han contado, así, dentro un contexto nacional.

En 1905, el hacendado del Sumapaz, desde su casona en Nueva Granada, mandaba como señor feudal y sometía a los campesinos, que no eran dueños de la tierra que trabajaban y vivían en condiciones muy difíciles. Don Guillermo dice que, aunque algunos calculan que duró más tiempo,

probablemente el periodo de la Hacienda Sumapaz fue de más o menos unos veinte años. La hacienda, dicen los documentos, tenía una extensión de 200.000 hectáreas, todas pertenecientes a una sola familia. A finales de los años veinte se levanta la Colonia Agrícola del Sumapaz, que empieza a reclamar las tierras para las familias campesinas, y recibe el apoyo de los líderes más queridos de la historia sumapaceña, Erasmo Valencia, quien trabaja por el Sumapaz hasta su muerte, y más adelante el joven Juan de la Cruz Varela, compañero desde la lucha armada y desde la lucha jurídica, y cabeza visible del movimiento desde los años cincuenta.

En 1936, durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo —probablemente el presidente más querido de Colombia—, se promulga la Ley 200, un hito para la historia de los movimientos campesinos y cuya frase emblemática recuerdan todos los sumapaceños: “La tierra es de quien la trabaja”. Poco a poco se empiezan a entregar escrituras a los campesinos, se van dando las cosas, hasta el Bogotazo. Quizás lo que haga más particular y especial a la gente sumapaceña tiene que ver con que, frente al fratricidio que significó la violencia entre conservadores y liberales después de la muerte de Gaitán, los abuelos y las abuelas de los mayores de la región, que se repobló durante esta época con estos primeros desplazamientos, decidieron dejar de lado

diferencias y trabajar en conjunto, desde la unión campesina, por el mejoramiento de sus condiciones de vida. La defensa de su territorio ha sido un aprendizaje constante y que han transmitido de generación en generación. Así, gestionaron carreteras y escuelas, pensando en sus hijos y nietos, y promovieron la enseñanza, el pensamiento crítico.

La lucha armada continuaba, y frente a la violencia conservadora, aliada de los hacendados, Juan de la Cruz y muchos otros colonos respondieron desde todos los frentes. Uno de los hitos es la toma de La Concepción (La Cuncia) en 1953, que marca un antes y un después en el desarrollo rural sumapaceño. En 1957, finalmente, se firma un tratado de paz con el Gobierno distrital, y, en 1960, se funda el Sintrapaz, Sindicato de Trabajadores Agrícolas del Sumapaz. En los setenta, prácticamente todas las veredas logran constituir sus Juntas de Acción Comunal y, en 1986, cuando se constituye jurídicamente la localidad, la organización campesina logra gestionar recursos para el mejoramiento de sus condiciones de vida. Esta lucha por la tierra, el buen vivir y la soberanía alimentaria ha significado la estigmatización para los sumapaceños, quienes han tenido fama de guerrilleros incluso hasta el día de hoy. Lo cierto es que ha sido una gesta que, desde sus inicios, se ha dado a través de la palabra, en el ingreso a la cultura escrita y en el

frente jurídico. La Asociación de Juntas de Acción Comunal del Sumapaz es una de las primeras Asojuntas de Bogotá y, probablemente, la más organizada.

Esta dignidad del campesinado contrasta (de nuevo los contrastes) con las economías del subsidio y la desidia política que aquejan a las comunidades urbanas en la mayoría de territorios del país. Poco a poco, con organización, persistencia e insistencia, se ha conseguido incidir en decisiones importantes, desde la Ley 160 de 1994, que finalmente logró la existencia de las Zonas de Reserva Campesina —territorios autónomos para las actividades campesinas— y, aún en medio de la represión, la persecución, la violencia política y el terrorismo que representó el Gobierno nacional desde 2001 hasta 2008, siguieron dando la batalla hasta conseguir la declaración de la Zona de Reserva Campesina a finales de 2022, aunque, más allá de los papeles jurídicos, se puede decir que existía, de hecho, desde los noventa.

Estoy resumiendo un poco de esas memorias colectivas que circulan por el páramo, que cada vez se encuentran en más documentos y que todos los mayores y jóvenes del Sumapaz conocen. Cristian Valencia, en su crónica sobre la localidad, lo sintetiza en una frase: “Cada campesino de la región es un líder”. Hay conciencia y preocupación por mantener y alimentar la historia. Esta vez, trabajando con don

Guillermo, su hija Yudy y la señora Rosa Tilia, de la vereda Tunal Alto, entendí mejor las palabras de Stefania Gallini, que suelo tener como guía desde que trabajo con comunidades rurales:

La personal o la local y la nacional o global no son sino facetas del mismo rompecabezas: la historia. Cada persona carga en su identidad, en su forma de pensar y de comer, de votar y trabajar, de hablar y habitar, rasgos de historias colectivas cuyas raíces a menudo están hundidas en las profundidades del tiempo y el espacio. Al revés, las historias oficiales, las de los libros de historia en los cuales nunca aparecen nuestros apellidos ni nuestros relatos familiares —y por ellos nos parecen historias ajenas, difíciles de memorizar— están constituidas por átomos de historias personales, familiares y veredales. Las nuestras.

La cita, si mal no recuerdo, es de *Historia ambiental*, el primer libro de la guía *Páramos vivos*, del Instituto Humboldt, uno de los insumos del proyecto de delimitación de los páramos de Colombia (otro asunto sobre el que podríamos extendernos un rato largo). El páramo es complejidad: numerosos actores humanos, visiones de mundo, visiones de la historia y también sueños de futuro han marcado la vida

de las familias sumapaceñas, y esa lucha por la tenencia de la tierra de la que habla don Guillermo está atravesada por la historia de los movimientos sociales en Colombia.

9

MUJER PÁRAMO

*Nubecita, camino de la esperanza, vengo a recorrer,
con tu llanto, vuelve a florecer,
la quebrada te extraña y te quiere ver.
Agua fresca, te voy a beber,
del misterio que hizo madre a la mujer.*

Enamorarse del páramo es inevitable. Claro que quise vivir en la montaña porque quise tener una relación con la tierra y la naturaleza y la vida en general más cercana a la campesina, más coherente para mí en ese momento, y claro que la imaginación me condujo, en ese universo ficcional que corría paralelo a mi vida, a llevar a la protagonista de *La paramera* a enamorarse de un hombre campesino, que encarnara lo que yo estaba amando. No es porque sí. Llevaba cuatro años emparamándome de historias de la lucha por la tierra, había escuchado las historias de la persecución y estigmatización de la comunidad sumapaceña, a la que admiro y respeto profundamente porque ha dado la batalla

desde todos los frentes: desde la lucha directa cuando tuvo que ser, desde las formas legales cuando se pudo, desde las escuelas (y cómo es de bella la historia de la escuela en el Sumapaz) y desde la biblioteca y los niños lectores.

Además, lo viví en la cotidianidad, las tareas del hogar, una a una, y en el medio las conversaciones con las mujeres, que permitían ver la formación política, la claridad de pensamiento, el ambiente en el que han sido criadas: la forma en que analizan las noticias, su compromiso con las propuestas y los proyectos que gestan o permiten realizar en su territorio, la dignidad frente a los agentes externos a la comunidad. Las mujeres sumapaceñas saben de primera mano del machismo que se ha vivido tanto fuera como al interior de muchas casas, y frente a él se levantan con sus cooperativas, organizaciones, grupos de teatro, escuelas de arte. Ese páramo maravilloso, mágico, ese espacio sagrado de consulta y consejo ha sido atravesado por una historia de violencia que ha atentado de forma especial contra las mujeres; ha visto el paso de los grupos armados, ha visto la muerte, ha visto invasiones de batallones por cielo y tierra, ha visto cómo los campesinos se convirtieron en objetivos militares; vivió los falsos positivos, presencié el llanto. Aun con tanta persecución y estigma, la comunidad persiste y se levanta en las mañanas a hacer sus labores, a trabajar.

En 2016, cuando las mujeres del corregimiento de San Juan me dejaron conocerlas, admirada por sus historias, enamorada de su territorio, adolorida también, sentí como nunca la necesidad de escribir. Si no hablaba de lo que había vivido con ellas, no iba a poder volver a escribir de ninguna otra cosa. Ese mismo año ocurrió tanto el No en el plebiscito para refrendar los Acuerdos de Paz de La Habana como, semanas después, la firma entre las FARC y el Gobierno nacional. Con las mujeres, nos propusimos escribir sobre el papel de la mujer en la constitución de la Zona de Reserva Campesina, el tema que ellas querían trabajar en nuestro taller de escrituras —el taller se había ofrecido desde el Idartes y la Secretaría de la Mujer y, como había participado el año anterior en un ejercicio parecido, me volvieron a invitar—.

A partir de las conversaciones, hicimos un documento de reflexión sobre el cuidado y la Zona de Reserva como un gran logro de la organización campesina, así como de las mujeres, pues en las Zonas de Reserva Campesina prima el derecho a administrar sus recursos, decidir sobre la organización y el uso de la tierra, ser autónomas en sus decisiones y, por supuesto, el cuidado del territorio. Pasados tres años desde la escritura de ese documento, pude dedicarme a escribir la ficción. Creí que con esa novela había

conjurado todo lo que el páramo me había dado y pensé que ya había sido suficiente.

Cuando, esta vez, pasamos por Chisacá para el primer encuentro con don Guillermo y Yudy, no venía con intenciones sino con una sola consulta: ¿qué quería de mí el páramo en esta ocasión? Pocos días después, recibí de parte de Nirza —gran gestora y bibliotecaria de la región— la invitación para escribir sobre las mujeres campesinas y la reforma agraria en la revista cultural sumapaceña *El Fogón*. Ahí tenía mi respuesta.

Para ese texto, pensé en los roles de las mujeres desde los distintos lugares de incidencia: la concepción mujer-territorio y las violencias que han sufrido los cuerpos de agua, de tierra, los cuerpos femeninos, sus familias, también, por causa del conflicto, y cómo una reforma agraria verdadera tenía que pasar por ese lugar de reconocimiento para la sanación. Pensé en las mujeres educadoras: la historia de la lucha por una educación de calidad en el campo está relacionada con el fenómeno del ingreso de la mujer en la vida laboral —ser docente fue uno de los primeros empleos para muchas—, y también tiene que ver con el convencimiento femenino de que la palabra, la escritura y el diálogo son el camino para la paz y la reconciliación. Pensé en las mujeres como gestoras de las huertas, base de la soberanía

alimentaria que promueven las Zonas de Reserva Campesina, y en las mujeres como poseedoras de los saberes médicos tradicionales: las plantas, las medicinas, los saberes de la vida y la muerte. Pensé en las mujeres como dueñas y guardianas de la tierra.

No creo que vaya a volver a vivir en el páramo. Cuando terminé la novela, sin darme cuenta de lo que hacía, Adriana se despidió de la laguna y yo regresé a habitar la zona urbana de Bogotá. Viví mi duelo, pero sé que llegué a esa decisión porque, en mi caso, creo que mi impacto en el territorio es mayor que el bien que puedo hacerle. Pienso que mi decisión no se opone al hecho de que tantas y tantos campesinos habiten los páramos. Se necesita cuidar allí arriba, es vital. Estamos frente a una emergencia ambiental que nos sobrepasa. Ya no basta con dejar quieto, con no tocar: se necesita promover acciones, el páramo no se puede cuidar solo, sin humanos, porque sus habitantes humanos hacen parte del ecosistema. Confío en que son las mujeres que lo conocen, que lo han vivido, que han parido a sus hijos allí, que han sembrado sus placentas y han hecho sus familias, que tienen sus memorias, costumbres, que lo entienden y saben leer lo que les dice la quebrada, lo que les cuentan los abuelos cuando bajan en forma de nube a visitarlas, esas “brujas” son quienes pueden cuidarlo, quienes saben cuáles

son las prácticas y formas de habitar el páramo. Ellas, las que defienden esa tierra, que es de sus familias, de ellas. La tierra es de quienes la trabajan y la cuidan.



LINA ALONSO CASTILLO

(Bogotá, 1994). Escribe y toca guitarra. Hizo parte del equipo editorial de la revista *El Malpensante* y La Pulla de *El Espectador*. Textos suyos han aparecido en portales y prensa como *Arcadia*, *Vice*, *El Malpensante*, *Razón Pública*, *Revista Matera*, *Bacánika*, *Universo Centro*, *Boletín del Banco de la República*, *Voces del Vacío*, entre otros. Un relato suyo hizo parte de la antología de cuento colombiano *Contar la vida como contar los pasos* y *Las devastaciones* es su primer libro de poesía, editado por Matera Libros.



JUAN FERNANDO HINCAPIÉ

(Bogotá, 1978). Escritor, editor y traductor colombiano. Es autor de las novelas *Gramática pura* (2015, 2020) y *Mother Tongue: A Bogotan Story* (2018), de los libros de relatos *Gringadas* (2010, 2022) y *La ley del ex* (2019), y del ensayo *El Chavo del 8: una media maratón* (2021). Ha editado varios libros, entre ellos los dos volúmenes de *Puñalada trapera*, una antología de cuento colombiano contemporáneo. Ha traducido, entre otros, a Bram Stoker, Arthur Conan Doyle y F. Scott Fitzgerald.



LIZETH LEÓN BORJA

Nació en Bogotá (1989). Es escritora e ilustradora. Ha publicado los libros *Seis historias para ser contadas* (2015), *Fachadas bogotanas* (2015), *Alfabeto bogotano* (2016) y *Días de inercia* (2019). Fue ganadora del Premio Distrital de Crónica Ciudad de Bogotá (2014), mención de honor de la Beca de Desarrollo de Documental Expandido del Ministerio de Cultura (2017), becaria de la Fundación Gabo (2017) y mención de honor del Premio a la Excelencia Periodística de la Sociedad Interamericana de Prensa (2022). Actualmente vive entre Popayán y Bogotá, donde gestiona los espacios culturales Cucharitadepalo Estudio y el taller de serigrafía Casadeherrero.



JUAN NICOLÁS DONOSO

(Bogotá, 1977). Estudió Artes Plásticas y Filosofía. Es autor de la novela *Siberia* (Animal Extinto, 2019) y *Coprófago Paradise* (Caín Press, 2016). Su cuento “Ni siquiera un pedazo de cuero” hace parte de la antología de cuento colombiano *Puñalada trapera II* (Rey Naranjo, 2022). Actualmente es profesor en la Facultad de Artes de la Pontificia Universidad Javeriana y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.



LAURA ACERO

Es escritora, mediadora de lectura y bibliotecaria itinerante. Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional, especialista en Creación Narrativa y magíster en Creación Literaria de la Universidad Central. Es autora de los libros *Viajes de campo y ciudad* (Laguna Libros, 2018) y *La paramera* (Laguna Libros, 2021) y coautora de *La lectura en Colombia: formas de estudiarla y promoverla* (Filomena Edita, 2019), *Cuerpos de agua* (Museo del Río Magdalena, 2024) y *Escarbar la herida* (Laguna Libros, 2024).



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 2 | EL 9 DE ABRIL
(fragmento de <i>Vivir para contarla</i>)
<i>Gabriel García Márquez</i> | 45 | DE PASO POR BOGOTÁ
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX |
| 5 | BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS
(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i>)
<i>José María Cordovez Moure</i> | 59 | POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS
<i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i> |
| 12 | CUENTOS DE BOGOTÁ
<i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i> | 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> |
| 16 | EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS
<i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | 82 | LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
<i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga</i> |
| 26 | RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ
<i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i> | 88 | RECETARIO SANTA FERREÑO
Selección y prólogo de Antonio García Ángel |

- 92** RECUERDOS DE SANTAFÉ
Soledad Acosta de Samper
- 93** SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES
José María Cordovez Moure
- 97** BOGOTÁ CONTADA
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastián Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero
- 101** CRÓNICAS DE BOGOTÁ
Pedro María Ibáñez
- 109** BOGOTÁ CONTADA 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra
- 117** SIETE RETRATOS
Ximénez
- 118** BOGOTÁ CONTADA 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres
- 126** BOGOTÁ CONTADA 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria
- 131** VERSIONES DEL BOGOTAZO
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diosabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia
- 133** BOGOTÁ CONTADA 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo
- 142** BOGOTÁ CONTADA 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez
- 148** DE SOBREMESA
José Asunción Silva
- 151** LA CALLE 10
Manuel Zapata Olivella
- 154** BOGOTÁ CONTADA 7
Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar
- 156** BOGOTÁ CONTADA 8
María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas

- 170** BOGOTÁ CONTADA 10
*Juan Álvarez, Rodolfo Celis,
Mauricio Montenegro, Laura
Ortiz Gómes, Lucía Vargas
Caparroz*
- 175** LA CASA DEL IMPÚDICO
BREBAJE
*Selección de Mario Jursich.
Luis Tejada, Arturo Manrique,
Alberto Lleras Camargo, Luis
Vidales, Lino Gil Jaramillo, José
Joaquín Jiménez (Ximénez),
Julio Abril, Pedro Acosta
Borrero, Eduardo Caballero
Calderón, Felipe González
Toledo, Alberto Yepes, Germán
Arciniegas, Álvaro Castaño
Castillo, Antonio Caballero*

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



FRAILEJÓN



Bogotá contada 11 fue editado
por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes
para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número
180, y se imprimió en el mes de
diciembre del año 2024 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
LIBRE

180

“Hay que bajar a los escritores de estos pedestales de mentira y solemnidad, sentir que la literatura también nos habla de lo cotidiano en nuestras localidades [...]; que si las palabras construyen el mundo, todos, todas, tenemos nuestra lengua para gritar. De ahí la importancia de leernos, rotarnos, escribirnos”.

Michael Benítez Ortiz



COLECCIÓN CAPITAL

**libro al
viento**



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ